

Esta edición PDF
del **Papel Literario**
se produce
con el apoyo de



DICE ALEJANDRO IZQUIERDO: *Cuando quiero llorar no lloro* representó un punto de inflexión. Múltiples razones contri-
buyeron a su éxito. De entrada, se trata de la adaptación del *best seller* de Miguel Otero Silva, que además supo combinar los cánones
del cine comercial estadounidense con una historia muy local y vigente.

FUNDADO EN 1943

Papel Literario

82AÑOS

DOMINGO 9 DE NOVIEMBRE DE 2025

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com/•https://www.elnacional.com/papel-literario/•Twitter @papeliterario

MEMORIA >> RAFAEL BOLÍVAR CORONADO (1884-1924)

Bolívar Coronado y las viejas prácticas de la posverdad

Periodista, narrador y autor de “Alma Llanera”, Rafael Bolívar Coronado (1884-1924) escribió una obra considerable e insólita hecha de seudónimos, autores inexistentes, libros que atribuía a otros y algunas variantes más de la falsedad. El caso, estudiado al milímetro por Juan Pablo Gómez Cova, alcanza los límites de lo creíble

JUAN PABLO GÓMEZ COVA

Viaje a España

El 18 de junio de 1916, desde el puerto de La Guaira zarpó el buque “Manuel Calvo” con destino a Cádiz y escalas previas en Puerto Rico, Tenerife y Tánger. Entre los trescientos pasajeros a bordo destacaba uno demasiado locuaz e inquieto: Rafael Bolívar Coronado (1884-1924). En ese entonces, este personaje todavía gozaba de la simpatía del Benemérito y viajaba a España para conquistar la fama como escritor. Había disfrutado de algunas prebendas del régimen gracias al “Alma llanera”, zarzuela de la que era autor lírico, pero cuyo auténtico éxito se debía a los compases musicales del maestro Pedro Elías Gutiérrez. De hecho, Bolívar Coronado renegó varias veces de esa pieza y su popularidad creciente lo irritaba cada vez más. Ese gesto de dar la espalda a su propia obra alcanzará una dimensión mayor en sus posteriores actividades como desestabilizador de la *República de las Letras*.

A su paso por Tenerife, dejó mal sabor al pensar que los canarios no leerían su reportaje sobre la isla publicado en *El Universal* de Caracas. Allí revelaba algunas impresiones negativas sobre su visita a la ciudad de Santa Cruz. Esto le valió una reprimenda en la prensa local, donde lo llamaban “borracho” e “hipócrita”. Pero esto no era nada en comparación con las indecencias literarias que llevaría a cabo en Madrid y Barcelona en los años siguientes. Pedro César Domíni le había ofrecido –por medio de un contacto– un empleo en una fábrica de sombreros en Madrid. Sin embargo, Bolívar Coronado estaba convencido de su destino glorioso y desdeñó esa oportunidad porque quería probar suerte en el embriagante y bohemio “campo literario” español. Las primeras noches madrileñas de juerga y absentia le depararon la amistad del poeta Pedro Luis de Gálvez, y este lo condujo hasta dos escritores influyentes: Valle Inclán y Villaespesa. El primero olfateó bien el talante del bribón que tenía delante y se lo sacudió enseguida, aunque después lo inmortalizó como el recitador anónimo de la novena escena en *Luces de Bohemia*. En cambio, el segundo cayó víctima de su desbordante facundia y le ofreció dos empleos modestos: corrector en la revista *Cervantes* y secretario privado.

En las oficinas de redacción de esta revista conoció el funcionamiento de este tipo de publicaciones, así como ciertas mañas de periodistas y escritores. Perdió ambos empleos cuando Villaespesa constató que el venezolano no era un corrector esmerado. Durante unos meses, Villaespesa y Bolívar Coronado siguieron siendo amigos, hasta que el poeta modernista se fue de



RAFAEL BOLÍVAR CORONADO / ARCHIVO

gira por Sudamérica para estrenar su drama épico sobre Bolívar y rendirle pleitesía personal al general Gómez en Maracay. Aquello bastó para que el venezolano denigrara de Villaespesa en la prensa española. Bolívar Coronado siempre fue ambiguo en el arte y en la política; y así como había prometido dejar el nombre del gomecismo en buen lugar y recibir una cuantiosa beca para viajar a Europa, también fue capaz de mostrar un vehementemente odio hacia la dictadura venezolana una vez que se había instalado lejos. Quizás fue un modo de obligarse a no regresar a la patria. Era radical cuando adoptaba una posición ideológica; el problema es que cambiaba de bando con frecuencia, como indagando en la profunda futilidad de todos los dogmatismos.

Encuentro con Blanco Fombona

Una tarde vio caminando a Blanco Fombona (o quién sabe si Gálvez le sugirió que se pusiese a su orden), enterado de que hacía pocos meses había fundado una ambiciosa editorial en Madrid. Lo cierto es que Bolívar Coronado se presentó ante él como inequívoco opositor al régimen y perseguido político, además de hijo de Bolívar Álvarez, antiguo compañero de Blanco Fombona en algunos escarceos contra Cipriano Castro. No hay detalles sobre esta entrevista de trabajo, pero fluyó bien porque desde ese día Bolívar Coronado entró a la nómina de la Editorial América como copista e investigador. Su función principal consistía en hallar valiosos manuscritos inéditos, abandonados en bibliotecas públicas. Después debía copiar-

los en limpio, hacer un trabajo de edición textual y estructurarlos como libros. A Bolívar Coronado no le disgustó la tarea y se puso manos a la obra en la Biblioteca Nacional de Madrid. Pocas semanas después, se atrevió a mostrar a su jefe parte de un manuscrito propio –unas memorias noveladas– con la esperanza de que este lo publicara. El rechazo fue categórico; de hecho, Blanco Fombona ni siquiera se dignó a echar un vistazo de cortesía a esas páginas. Desde ese instante, Bolívar Coronado decidió que volcaría sus esfuerzos para ejecutar una venganza lenta y sutil contra su jefe. Aprovechó sus deberes en la editorial para forjar una serie de manuscritos (crónicas de Indias, biografías, estudios sociológicos, crítica literaria, tratados científicos) y presentarlos ante Blanco Fombona como auténticas joyas inéditas de autores relevantes.

Es posible que, al principio, Bolívar Coronado solo quisiera poner a prueba al sistema y supuso que lo descubrirían inmediatamente, pero quedó atónito cuando fue dándose cuenta de lo fácil que era colar falsificaciones, en vista de la escasez de textos originales de calidad. El *boom* de publicaciones e imprentas propició estos descuidos porque había mucha competencia entre las editoriales. Además, Blanco Fombona no imaginó que alguien sería capaz de ponerse a escribir crónicas de Indias o tratados científicos, imitando estilos y manejando esos niveles de conocimiento para fingir que eran obras escritas en otros tiempos y por otras plumas. ¿Quién se tomaría ese arduo y absurdo trabajo?

Pues alguien que estaba obligado a presentar resultados de sus pesquisas e investigaciones para poder cobrar las bonificaciones. A Bolívar Coronado le pareció más cómodo sentarse a producir él mismo los textos que su jefe anhelaba encontrar y publicar. Además, tuvo la perspicacia de inventar a algunos de los autores, así como escoger nombres de otros consagrados, pero ya fallecidos hacía muchas décadas, para convencer a Blanco Fombona de que no solo eran inéditos de gran valor histórico, sino que se ahorrra tener que lidiar con posibles herederos por los derechos de autor. Así pues, bajo el sello de Editorial América aparecieron doce libros falsificados en 1918. Meses después, Blanco Fombona descubrió las artimañas de su empleado, pero no le quedó más remedio que guardar silencio para proteger el prestigio de su empresa. Los libros falsificados no fueron recogidos y ni siquiera hubo aclaratorias. Todo esto contribuyó a un batiburrillo bibliográfico que duraría décadas porque Blanco Fombona tuvo que ocultar el caso.

Lo curioso fue que Bolívar Coronado no cesó su actividad falsaria, sino que la multiplicó. Radicado en Barcelona desde el verano de 1918, compuso numerosos textos falsificados, repartidos entre biografías, antologías poéticas, crónicas de guerra, reportajes, cuentos y artículos periodísticos. Practicó el arte de la *alominia*: producir textos, pero atribuirlos a otras personas (justo lo contrario del plagio) y se valió de los procedimientos de la parodia, la paratextualidad, el collage y el pastiche, en un entramado literario muy adelantado a su tiempo. Su obra –entendida como totalidad– ofrece una ventana para asomarnos a una cuestión que, en la literatura venezolana, no ha terminado de ser estudiada en su justa dimensión: el acto subversivo del fraude como oposición, en forma de sospecha crítica, al proceso de construcción de prestigios y legitimidades.

Un maldito y un moderno

Bolívar Coronado fue un autor desconcertante: *maldito* y *moderno*, incomprendido en su país, donde durante décadas prevaleció el juicio moral para justificar el negligente vacío acerca del estudio de su obra. Sus ejercicios de escritura recuerdan cierto prólogo de Borges, donde este confiesa que los textos ofrecidos en el volumen presentado –*Historia universal de la infamia*– fueron “el irresponsable juego de un tímido que no se animó a escribir cuentos y se distrajo en falsear y tergiversar”. Su nombre es antónimo de toda clase de solemnidad y su fama ha transitado rocambolescas vicisitudes: el mundo literario lo saludó discretamente en su juventud, después lo denostó con vehemencia, luego fue relegado al olvido durante décadas y, en tiempos más recientes, parece haberse convertido en objeto de inquietantes simpatías. Para su desgracia, siempre será recordado por el gran público como autor lírico del “Alma llanera”.

Fue un falsario compulsivo que, discretamente, llevó lejos su pretensión de desmontar ciertos vicios del *mundo del libro*, puesto que algunos de los que se dedicaban a él, decía citando al novelista español Emilio Carrère, en realidad, no sabían leer. Por necesidad económica, sin tiempo para esperar su oportunidad y percatándose de la escasez de originales en su época, decidió escribir textos que atribuyó a otros autores (consagrados o inventados), como estrategia para garantizar que fuesen publicados. Incursionó en muchos géneros –novela, cuento, poesía, ensayo, crónica, tratado científico, artículo periodístico, antología, biografía– y en muchas disciplinas –sociología, historia, política, geografía, etnografía, literatura, crítica literaria, filología, periodismo. Su cuestionamiento no iba dirigido a un género o a una disciplina concretos, sino al libro como dispositivo cultural y a la figura del *autor* como categoría sociológica.

(Continúa en la página 2)

Bolívar Coronado y las viejas prácticas de la posverdad

(Viene de la página 1)

Es un autor controvertido con una propuesta estética realmente osada y diferente, a pesar de la escasa y menospreciada recepción de su obra en la crítica literaria venezolana del siglo XX. Entre sus lectores, algunos diluyeron su obra en juicios morales y muy pocos atendieron a las posibilidades de relectura que esta ofrece. Su caso propicia una reflexión profunda sobre lo que la falsificación literaria revela acerca de la propia literatura, por un lado, y sobre la gestión social de la verdad del sujeto, por otro. Es decir, permite confrontar el concepto de identidad –sobre el que se apoya el orden jurídico– ante sus transformaciones y desempeños en el “campo literario”.

Bolívar Coronado pretendió ser muchos sujetos y no se limitó a los recursos que la escritura brinda en este sentido; su propuesta pone a prueba estas posibilidades, trascendiéndolas y fomentando que *saliesen del libro*, por así decir. Naturalmente, transgredió las normas: no solo los códigos de honorabilidad y las leyes relativas a falsedad testimonial, sino las tácitas convenciones del pacto ficcional, abusando de la confianza de lectores, especialistas y editores. Por estos reprochables actos pagó un alto precio que él mismo consideraba un castigo justo y merecido.

La recepción de su obra

Apartando los ámbitos ético y jurídico, no puede negarse que se trató de una apuesta literaria extrema y asombrosa para su tiempo, además de un inquietante caso como implacable crítico de sí mismo. De este carácter creativo nacen muchas preguntas: ¿Dónde situar las fronteras entre falsario y artista? ¿La creación literaria puede ampliar los límites de identidad del sujeto social que la produce o está condenada también a los mecanismos de control del sistema jurídico? ¿Qué revela la peculiar recepción de una obra falsa sobre la crítica literaria? En el marco de la literatura apócrifa, críticos y filólogos, en términos generales, suelen dar portazo al asunto una vez que el desenmascaramiento se ha consumado, como si la obra falsificada no contuviese más significado que su falsedad: una vez resuelta se la trata como *caso cerrado*.

Ese es otro elemento turbador en la recepción de su obra: su *caso* ni siquiera ha concluido en este sentido. Sus falsas crónicas de Indias fueron tomadas en cuenta como fuentes legítimas por muchos historiadores e intelectuales durante décadas, influyendo en estudios posteriores; algunos de sus libros siguen apareciendo bajo falsas autorías en catálogos de bibliotecas; una de sus obras (*El llanero*) sigue estudiándose en las Escuelas de Sociología en Venezuela, por su valor informativo y testimonial, sin atender a la cuestión de la autoría; algunas instituciones académicas siguen reimprimiendo algunas de sus obras sin advertir a los lectores que los contenidos son total o parcialmente fraudulentos.

Por otro lado, la escasa bibliografía sobre este autor ha priorizado el enfoque biográfico, la compilación bibliográfica y de pseudónimos, así como la riqueza anecdótica de sus supercherías; pero ha pasado de largo ante alternativas de estudiar su obra a la luz de nuevas teorías literarias. Asimismo, preocupa la cantidad de inexactitudes e imprecisiones contenidas en algunos textos breves y artículos académicos sobre este escritor que se han replicado en estudios posteriores. Esto puede explicarse, en parte, por la



RAFAEL BOLÍVAR CORONADO / ARCHIVO

tendencia del propio Bolívar Coronado a confundir, tergiversar y engañar acerca de su vida y su obra (como es lógico en un falsario tan desprolijo); y en parte se debe también a la progresiva transformación de su caso en estrambótica leyenda. De Bolívar Coronado también podría decirse algo similar a lo que dice el filósofo José Antonio Marina sobre el marqués de Sade: “es estupendo para ser leído, no para ser vivido”. Se trata, pues, de un escritor que pasó de inspirar el más enfático rechazo a convertirse en figura atractiva, visto tal vez con demasiada fascinación en la actualidad. Una vez fallecidos, los falsarios se vuelven simpáticos porque ya no pueden seguir haciendo de las suyas. En ese sentido, la muerte les sienta bien. Los escritores posteriores los ven como bribones incorregibles, pero muy divertidos. Habría que preguntarse si pensarían igual en caso de haber sido sus víctimas. El mundo literario tiene más mezquindad de la que se admite, y ese era uno de los puntos que este falsario quería dejar en evidencia.

Solo dos libros han sido íntegramente dedicados a este autor, pero no a su obra. Ambos aparecieron en 1993: *El hombre que nació para el ruido*, de Oldman Botello y, *Un hombre con más de seiscientos nombres*, de Rafael Ramón Castellanos. El primero mantiene el foco en la biografía, mientras el segundo destaca las pesquisas bibliográficas y los pseudónimos que dejó diseminados. Ambos autores colaboraron entre sí intercambiando información, pero llegaron al asunto por vías distintas: Botello se especializó como cronista del estado Aragua, de donde Bolívar Coronado era oriundo; Castellanos dedicó décadas a la investigación de la obra de Blanco Fombona, la víctima más prominente de nuestro falsario. En ambos casos, Bolívar Coronado se reveló como elemento segunda-

rio, con quien se habían topado en el marco de otras investigaciones, pero al detenerse un poco en la singularidad de su vida y su “carrera literaria”, acabaron seducidos por sus picardías literarias y escribieron sendos libros, de forma casi simultánea, aunque con discrepancias en algunos datos.

Además de los libros de la Editorial América, Bolívar Coronado también falsificó antologías de la Casa Editorial Maucci, crónicas del diario *El Diluvio*, fragmentos, cuentos y poemas en varios anuarios del *Almanaque ilustrado hispanoamericano*, artículos y pasajes de la *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana* de Espasa, poemas de la *Antología de poetas americanos* de Sopena, fragmentos de la biografía sobre *Lenin* de la Biblioteca Veritas, entre otros. Es probable que existan falsificaciones tuyas que aún no hayan sido identificadas, debido a la compulsión y ligereza con las que desempeñó su *oficio*.

Estos infundios superaron filtros y controles editoriales, y consiguieron engañar –o, al menos, desconcertar– a lectores y especialistas durante un tiempo. En la actualidad, estos libros pueden ser considerados artilugios ficcionales; sobre todo, las antologías poéticas o las crónicas de Indias, donde no solo los contenidos y paratextos son ficticios, sino también algunos de los autores, compiladores y traductores, conformando así un entramado narrativo complejo más propio de la experimentación novelesca. Por otra parte, es necesario destacar que engañó a varios editores en ciudades distintas, lo cual evidencia los descuidos –y hasta cierta negligencia– que predominaban en las prácticas editoriales de la época. De esta manera supo aprovecharse de las circunstancias y, mientras filtraba sus mistificaciones, denunciaba

también algunas de las deficientes dinámicas del mundo libresco. Más allá de su caso, la casuística general al respecto demuestra que, en ocasiones, los editores tuvieron mucha responsabilidad –por acción u omisión–, y hasta hubo quienes actuaron con cierta connivencia en algunos de los desaguisados literarios de la época y optaron por mirar hacia otra parte.

Creatividad y posverdad

Bolívar Coronado compuso estas obras, bajo presión y con premura, durante la segunda y tercera década del siglo XX; esto supone una capacidad de experimentación estética que debe contarse entre las propuestas literarias adelantadas y novedosas de su tiempo. El instinto, la necesidad económica y su particular forma de entender la escritura como actividad enajenada y desbordada explican buena parte de sus motivaciones, pero no debemos olvidar su carácter provocador impulsado por la conciencia irreverente de la novedad de su abordaje. La falsificación representó una salida muy tentadora para un escritor que, aunque demostró que carecía de límites éticos, tuvo pocas opciones de alcanzar, por medio de la creación literaria genuina, un nivel de vida digno.

En un artículo de prensa titulado “Evocaciones, invocaciones, provocaciones”, Bolívar Coronado explica que se ha hecho aficionado al cine, pero no precisamente para disfrutar de las películas: “yo en el cine lo menos que observo es la pantalla. Creo que para algo más que para mantenerla estática le dio Dios a uno la cabeza. En el público del cine se sorprenden estados de alma, vibraciones insólitas. Esa tiniebla que cae bruscamente en torno nuestro y que nos produce la sensación de que hubiésemos entrado en un antro o en un túnel arrebatados por la locomotora es cruel y es humana, es filosófica”. Esa actitud de perenne oblicuidad es perceptible en su literatura: su desvío para adentrarse en esa tiniebla en la que, si se atiende bien, se sorprenden *estados de alma y vibraciones insólitas*, siempre ajeno a lo que proyecta la *pantalla*. En este sentido, todo lo que rodea a la ficción, la suplanta y la extiende hasta la realidad, supone una actitud filosófica escéptica, suspicaz ante lo aparente. Sus obras son mistificaciones literarias porque bordean disciplinas y géneros diversos desde la ficción que no revela su condición. La escritura le permitió ser cronista del siglo XVI, geógrafo del XIX y politólogo del XX; del mismo modo que poeta, narrador, sociólogo, historiador, antólogo, biógrafo, filósofo, articulista, ensayista, crítico y reseñista.

En 1917, Marcel Duchamp indignó al mundo del arte incorporando objetos cotidianos y funcionales –sus llamados *readymades*–, sin aparente belleza ni supuesta aura artística, como genuinas piezas de arte. La obra fundacional –*Fuente*– fue retirada rápidamente, aunque el *daño* ya estaba hecho y el efecto conseguido, a la postre, fue el buscado. Desmontaba de este modo ciertos automatismos del principio estético, incorporando objetos de la cotidianidad a la dimensión de categoría artística. Más allá de los entretelones de la controvertida apuesta, la iniciativa supuso un quiebre conceptual: el arte reside entonces en el gesto de Duchamp. El artista dota a su obra de dimensión, entidad y contexto artístico. Precisamente en 1917, Bolívar Coronado escribía afanosamente en Madrid una serie de obras que simularían ser algo que no eran. Sus *textos-objetos* no deslumbran en sí mismos, sino desde su condición conceptual: son artefactos sofisticados de contraste. No solo porque simulan ser documentos históricos, científicos y literarios genuinos, pertenecientes a otras épocas, sino porque actúan como elementos desestabilizadores del sistema literario. Lo más inquietante es que algunos de estos objetos continúan allí, sin que sean retirados ni sublimados.

En estos tiempos de la llamada posverdad, las *fake news*, la realidad virtual, el metaverso, la inteligencia artificial, las nuevas tecnologías, los paripés políticos, las puestas en escena, las redes sociales, la cultura del egocentrismo, el ascenso de los relativismos, la autopromoción, los emprendimientos, el tráfico de datos personales, la bioingeniería, la ciberguerra, el desmesurado poder de los monopolios de las grandes empresas tecnológicas y del cambio general de paradigma cultural, la humanidad empieza a ser consciente de las posibilidades de que se diluyan de forma más rotunda las fronteras entre realidad y ficción. George Steiner afirmó: “estoy persuadido de que nuestra comprensión de la evolución del lenguaje y de las relaciones entre lengua y la actividad humana no progresaría mucho mientras continuemos considerando lo *falso* como algo primordialmente negativo”; es decir, el lenguaje humano sigue siendo un método poderoso, amable y necesario de negar el mundo. Y el arte es la expresión más elaborada de esa sana negación. Ignoro si estamos alcanzando esa nueva consideración de lo falso que anhelaba Steiner, pero en ningún caso, por catastrófico o esperanzador que pueda ser el futuro inmediato, el ser humano renunciará a su capacidad de *negar artísticamente el mundo*, sustituyéndolo momentáneamente por otros, como forma de enriquecer la existencia. Bolívar Coronado ya lo hacía, a su manera. 🕯

CRÓNICA >> MEMORIA DE UNA AMISTAD

“La primera vez que lo vi en persona, aunque de lejos, fue en un coloquio que se llamaba *Lenguaje, literatura y filosofía: Aproximaciones a Alejandro Rossi*, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM en febrero de 1993. Recuerdo que en ese evento estaban intelectuales muy prestigiosos, como Octavio Paz, Enrique Krauze, Luis Villoro, Álvaro Mutis, Julio Ortega, Juan Villoro, Adolfo Castañón y Carmen Boullosa. También estaban los venezolanos José Balza y Rafael Arráiz Lucca”

Mi amigo Alejandro Rossi



ALEJANDRO ROSSI / ©VASCO SZINETAR

MAGALY SAAVEDRA S.

Para Olbeth Hansberg y Katyna Henríquez

La conversación de Rossi se permitía la improvisación, la mala leche, las divagaciones, el comentario de la noticia política, la anotación al margen de un tratado filosófico, el interés sincero, a veces paternal y autoritario, otras veces camaraderil y solidario, en la vida de los otros “Mis años con Alejandro Rossi” – Christopher Domínguez Michael

Esa tarde de diciembre de 2008, Katyna Henríquez y yo pasamos varias horas con Alejandro Rossi (Floencia 1932) en su casa de San Ángel. Regresábamos de la Feria del Libro de Guadalajara y lo visitar en la Ciudad de México era siempre una parada obligatoria y anhelada antes de regresar a Caracas. A pesar de estar ya un poco debilitado, conversó animadamente, como siempre, y nos preguntó por los amigos, por el país, por nosotras, por nuestras familias. Con entereza nos comentó sobre su enfermedad y pese a lo complicada de la situación, se mostraba tranquilo y se empeñaba en que ese encuentro fuera cordial y cálido, como siempre lo era.

En algún momento de nuestra conversación Olbeth, su amable esposa, esa brillante filósofa e investigadora que lo acompañó siempre, subió a la sala donde estábamos. Venía con el artista plástico Arnaldo Coen y traían un retrato de Alejandro hecho por este artista. Era el que colocarían en el Colegio Nacional cuando él partiera Allí estaría, en alguna pared de esa prestigiosa institución mexicana dedicada a la divulgación de la cultura científica, artística y humanística y de la cual él fue uno de sus destacados miembros. Fue un momento muy fuerte, estremecedor. Lo vivimos con ellos. Al despedirnos esa tarde, Katyna y yo bajamos las escaleras desoladas. Al final volteamos y vimos su mirada triste por última vez.

Alejandro Rossi murió el 5 de junio de 2009. El retrato que le hizo Arnaldo Coen se colocó en El Colegio Nacional el 3 de mayo de 2010.

La amistad cercana que tuve con él durante los años que viví en México hasta 1997, y después durante mis frecuentes viajes a ese país, ha sido

uno de los mayores privilegios que he tenido en mi vida y por eso quiero contarla.

Conocí a Alejandro Rossi en 1993 gracias a Katyna Henríquez Consalvi, una hermana que me regaló la vida, y que fue la representante de Monte Ávila Editores en México a principios de los años 90. Hablar de Katyna y su trabajo como promotora cultural de Venezuela en México merece una crónica aparte. En esa época, yo era la agregada de Prensa de la Embajada de Venezuela y trabajábamos muy de cerca. Cada año íbamos a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, y en el stand de Monte Ávila Editores, uno de los libros más solicitados era su *Manual del distraído*, publicado por la editorial venezolana en 1978. Este libro recopila diversos textos, ensayos y pequeñas narraciones –publicados por Rossi entre 1973 y 1977 en las revistas mexicanas *Plural* y *Vuelta*– donde aborda “desde las teorías filosóficas más complejas hasta historias absurdas y convencionales, todo en un lenguaje puntual, cruzado de humor y lucidez”.

La primera vez que lo vi en persona, aunque de lejos, fue en un coloquio que se llamaba *Lenguaje, literatura y filosofía: Aproximaciones a Alejandro Rossi*, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM en febrero de 1993. Recuerdo que en ese evento estaban intelectuales muy prestigiosos, como Octavio Paz, Enrique Krauze, Luis Villoro, Álvaro Mutis, Julio Ortega, Juan Villoro, Adolfo Castañón y Carmen Boullosa. También estaban los venezolanos José Balza y Rafael Arráiz Lucca, quienes hablaron con cercanía y admiración sobre la obra de Alejandro. Para mí, ese momento fue especial; sentir esa energía y escuchar esas voces tan respetadas fue algo que quedó grabado en mi memoria.

Al terminar el coloquio, nos invitaron a comer al restaurante San Ángel Inn. Lo saludé, y la verdad, al principio, me dio un poco de temor porque parecía gruñón y malhumorado, pero en realidad fue muy amable y se interesó por mi trabajo en la Embajada y mi experiencia en México.

Nos vimos varias veces más, y el día que despedimos a Katyna –que volvía a Venezuela y era nuestro nexa para

encontrarnos– él me pidió que lo visitara de vez en cuando. Desde entonces, empecé una amistad entrañable que todavía me llena de orgullo y cuyo recuerdo me honra hasta hoy.

Alejandro Rossi, aunque nació en Floencia, tenía la nacionalidad venezolana. Su padre era italiano pero su madre venezolana. En 1942 viajó con su familia desde Cádiz hacia Puerto Cabello, en Venezuela. Pasó su niñez y adolescencia entre Caracas, Buenos Aires, Montevideo y Los Ángeles, experiencias que marcaron profundamente su vida.

Una vez establecido en la Ciudad de México, ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde obtuvo su maestría. También realizó estudios de especialización en Friburgo de Brisgovia y en la Universidad de Oxford, donde fue miembro de Magdalen College. Fue profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM e investigador en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de esa misma institución. Además, impartió cursos y conferencias en diversas instituciones culturales y universitarias tanto en México como en el extranjero.

Rossi fue cofundador y codirector de *Crítica*, *Revista Hispanoamericana de Filosofía*, y formó parte del consejo de redacción de *Plural*, revista dirigida en sus inicios por Octavio Paz. Asimismo, fue miembro fundador y director interino de *Vuelta*, revista fundada y dirigida también por el poeta y premio nobel mexicano. Además de *Manual del distraído*, entre sus libros destacan *La Fábula de las regiones* (1988), *Lenguaje y significado* (1969), *Un café con Gorrondona* (1999) y *Edén: vida imaginada* (2006). Su obra ha sido traducida al inglés, alemán, francés e italiano. Su trabajo ha sido señalado como fundamental para introducir y difundir la filosofía analítica en México.

Conversar con él era una experiencia fascinante: era aprender, viajar, cuestionar, reír y recordar. ¿Qué tanto podía hablar un intelectual de su talla con una funcionaria de nivel medio en la Embajada? Imagino que esa duda se la habrán planteado muchas personas cuando se enteraban de nuestra cercana amistad. Sin embargo, nuestras conversaciones eran muy familiares, cotidianas y personales. Con orgullo, me hablaba de su madre venezolana, una mujer con “muchos sellos en su

pasaporte” y descendiente del general Páez, lo cual él siempre subrayaba con orgullo. También me contaba sobre su estancia en Venezuela, que dejó una huella profunda en él; su amor y nostalgia por nuestro país lo acompañaron hasta el último momento de su vida.

Me hablaba de Félix, su hermano diplomático del servicio exterior venezolano, y me preguntaba por personajes de la política y la cultura, algunos de los cuales eran sus amigos. Compartía anécdotas de ellos y mostraba interés genuino por mi trabajo y mi vida personal. Siempre estaba atento a mis cosas. Podría decirse que, entre café y café, “chismeábamos” con mucho gusto y cercanía.

Además, en esa época el internet todavía era escaso y la prensa venezolana no estaba digitalizada. La Embajada recibía todos los días los periódicos de Venezuela en los vuelos de Avenza. Cuando lo visitaba, le llevaba las noticias, algunos artículos de opinión y, sobre todo, el *Papel Literario* de **El Nacional**. Era nuestra forma de estar en contacto con Venezuela, comentar lo que pasaba y de compartir lecturas sobre nuestro país, ¡como una pequeña rutina entre amigos!

La Orden Andrés Bello

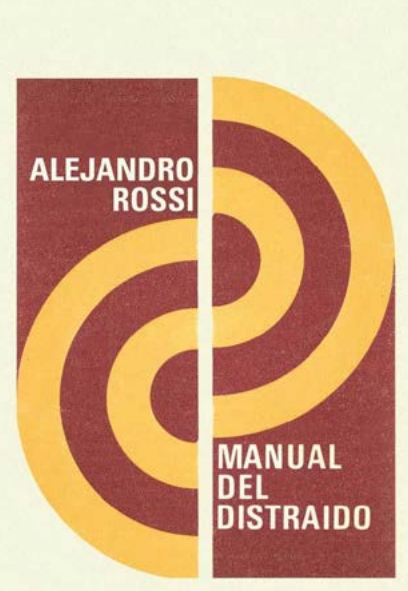
Alejandro era un demócrata cabal, su preocupación luego de la intentona golpista de 1992 en Venezuela y los acontecimientos posteriores, así como el resultado de las elecciones de 1998

y los primeros años de la “Revolución bolivariana” fueron siempre motivo de desvelo para él. No puedo ni imaginarme lo que sufriría al ver hasta dónde hemos llegado en esta sufrida Venezuela de hoy.

Él había sido amigo de los dos embajadores anteriores con los que yo había trabajado (Germán Carrera Damas y Rigoberto Henríquez Vera), pero cuando llegó el general Fernando Ochoa Antich como embajador en 1994, quien venía precedido de haber sido el ministro de la Defensa que enfrentó el intento de golpe de Estado de Hugo Chávez en 1992 y posteriormente canceler, estaba realmente intrigado por el personaje y me preguntaba siempre por él, así que le propuse que se conocieran. Accedió a ir a la celebración de la Independencia, el 5 de julio y allí se conocieron, después tuvieron la oportunidad de compartir varias veces.

Alejandro obtuvo la nacionalidad mexicana en 1994 y en esa época México no permitía la doble nacionalidad. Eso agobiaba de alguna manera a Alejandro, pues era un hombre con varias patrias y con Venezuela en el corazón. Ochoa Antich, como buen caballero y demócrata, quiso homenajearlo y solicitó que se le otorgara la Orden Andrés Bello en su primera clase.

El día de la condecoración, 31 de octubre de 1996, fue un día muy especial para Alejandro. Esa noche en la residencia del Embajador de Venezuela, además de representantes del cuerpo diplomático acreditado en México, de la cancillería mexicana y el personal de la Embajada, estaba su inseparable Olbeth, junto a otros miembros de la familia. También estaban los amigos de Alejandro, entre quienes puedo destacar al poeta y premio nobel de literatura, Octavio Paz, y su esposa Marie-José Paz, quienes fueron cercanos a él; así como Enrique Krauze, Luis Villoro, Ramón Xirau, Teodoro González de León, Adolfo Castañón, Adolfo Sánchez Vázquez, Hernán Lara Zavala, y otros. Los venezolanos Josu Landa, filósofo y poeta con relevante carrera académica en México, mis queridos amigos: el escritor Alberto Barrera Tyszka, nuestro premio herralde 2006, y la destacada periodista Cristina Marcano.



(Continúa en la página 4)

Mi amigo Alejandro Rossi

(Viene de la página 3)

El embajador Ochoa Antich al hacer uso de la palabra expresó que era un alto honor condecorar a Alejandro Rossi, “Un hombre del mundo, pero con dos aspectos fundamentales: su amor por México y su amor por Venezuela, mi patria”. Agregó que libros como *Manual del distraído*, junto con otro conjunto de obras fundamentales de la filosofía, habían abierto a muchos el sentimiento y el conocimiento de la trascendental obra de Rossi, por lo cual, Venezuela lo honraba con ese galardón “...que reconoce a las personalidades cuya obra han contribuido a la difusión del ideal latinoamericano”.

Alejandro por su parte, al agradecer el reconocimiento, destacó su gran admiración por Andrés Bello, “Me identifico mucho con la vida errante que tuvo ese hispanoamericano y venezolano que fue Andrés Bello, a quien considero como el dios tutelar de los hispanoamericanos con muchas residencias”.

Calificó a Bello como un hombre sorprendente con una obra enorme: “Ante una obra tan generosa me quedo con *Gramática castellana* que es el punto máximo de su producción en el área literaria y *La filosofía del entendimiento* porque lo considero el libro más importante del siglo XIX”.

Al finalizar, visiblemente emocionado afirmó que esa condecoración la consideraba una manifestación de que Venezuela deseaba estar cerca de él. “Mi afecto, mis lazos profundos y mi amor por Venezuela, permanecen”. El recuerdo de ese día siempre estuvo presente en nuestras posteriores conversaciones.

Cartas credenciales

Alejandro ingresó a El Colegio Nacional el 22 de febrero de 1996. Ese día estuve allí con Jacqueline Mora. Ella era la consejera política en la Embajada de Venezuela y también tuvo una cercana amistad con Alejandro durante su etapa en México. Ambas estábamos felices de compartir con él ese momento tan importante y emocionadas por estar con la crema de la intelectualidad mexicana.

El escritor y crítico literario, Salvador Elizondo, presidente en turno de El Colegio Nacional, en sus palabras de salutación, expresó que Alejandro Rossi representaba, significativamente:

“El momento ideal al que un hombre de su edad puede llegar, después de todos los lauros académicos que ha tenido, a ese punto culminante de su carrera en que es preciso que tome su lugar entre quienes han sido elegidos para representar en los órdenes espirituales el nivel más alto del pensamiento, del arte y de la cultura de México”.

“Su presencia aquí convoca el recuerdo y la figura de muchos hombres que hicieron de su vida la consumación de un acto puramente intelectual. Invocar los orígenes de este hombre del que tengo el recuerdo admirado o admirativo desde hace más de cuarenta años no agrega gran cosa a la admiración y a la amistad con las que lo recibimos hoy en la noche”.

“Recibo y le doy la más cordial bienvenida a Alejandro Rossi y lo invito a que tome ya su lugar entre quienes tanto y durante tanto tiempo lo hemos admirado y querido. Una vez más, bienvenido Alejandro Rossi”.

Ante un auditorio lleno, presidido por Miguel Limón Rojas, secretario de Educación Pública, José Sarukhan Kérmez, rector de la UNAM, Diódoro Guerra, director general del Instituto Politécnico Nacional y Rafael Tovar y de Teresa, presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y con los miembros de El Colegio Na-



RETRATO DE ALEJANDRO ROSSI, POR ARNALDO COEN, 2008 / COLEGIO DE MÉXICO – FOTOGRAFÍA DE JAVIER HINOJOSA

cional, familiares y amigos, Alejandro pronunció su memorable discurso de ingreso: sus *Cartas credenciales*¹.

Esas notables cartas credenciales, nunca mejor utilizado ese término diplomático como forma de presentación, han sido analizadas, citadas y celebradas por muchos y distinguidos expertos. Yo para nada los soy ni pretendo serlo, pero confieso que me emocionaron hondamente. Las volví a leer cuando falleció Alejandro y ahora vuelvo a ellas. Me conmueve especialmente su evocación de esa casa en la Caracas de 1943, a la que llegó y se le quedó en el corazón, esa que lo describe y siempre estuvo en el Alejandro que yo conocí y que conversaba conmigo en su casa de San Ángel. Recuerdo su emoción cuando hablaba de Caracas, de esa casa, con alegría, nostalgia y un inmenso cariño que transmitía en cada palabra, en cada recuerdo compartido. Es como si esas palabras conservaran un pedacito de su esencia, de su historia y de su corazón.

Visiblemente conmovido, Alejandro expresó:

“Los invito, pues, a que me acompañen a una casa de Caracas en el

año 1943. Es esa hora crucial en que los niños están dispuestos a oír cualquier disparate con tal de no estar solos. Unos meses antes había llegado de Europa en un viaje que resultó, sin habérselo propuesto, decisivo. Un niño, digámoslo rápido, obligado a reorganizar su mundo, a estar muy atento, entre tanta novedad, a los cruces lingüísticos, a las entonaciones, a las palabras extrañas, a una oralidad a la vez familiar y ajena. Está sentado en una mecedora demasiado grande y debe tener cuidado de no irse hacia atrás. Es la suya una posición de equilibrio, como la de quien está parado en una barca. Frente a él, en una silla de respaldo recto, una sonriente negra venezolana con un pañuelo en la cabeza y un libro en la mano. Y lo lee con gran soltura, con una voz baja y vagamente hipnótica y quizá porque es vieja y le faltan dientes se enreda un poco con los nombres propios, pero ese tono lejano le queda bien al texto. Se trata, ni más ni menos, que de *Las mil y una noches*. Me parece que ella se divertía y que le agradaba que yo la escuchara con esa atención de pájaro alerta que reconoce, por prime-

ra vez, el silbido de los suyos.

La revelación de algo impalpable y definitivo, una especie para mí de música nueva: el ritmo narrativo. Esto fue, más allá de la materia específica de las historias, lo que heredé de esas horas de remota lectura. Creo, sin exagerar, que entonces fue cuando descubrí no la prosa, no la imaginación como un ingrediente de la vida, no la poesía, sino la literatura a secas bajo la forma de un cuento interminable, de una secuencia rítmica que atrapa el oído y también el corazón. Por qué suceden cosas así es una cuestión que no pretendo resolver. ¿Para qué, por otra parte? A todos nos hace bien pensar que en nuestras vidas hay escenas esenciales”.

Ese brillante discurso fue editado posteriormente por El Colegio Nacional y otras editoriales. Sobre ellas, el poeta Alberto Hernández escribió en *Crónicas del olvido*:² “Desde los días del *Manual del distraído*, Alejandro Rossi nos suena en la conciencia. El ensayista, atado al amor de tres nacionalidades, favorece la universal, la más cercana a nuestros afectos. Con *Cartas credenciales* (Fundación Bigott, Caracas, 2004), Rossi se nos presenta lleno de la vida que ha encontrado en México, donde es considerado como uno de los intelectuales más sólidos y respetados. La lectura nos amarra desde la primera página: estas cartas de presentación nos hacen descubrir la biografía de un hombre que, si bien nació en Italia, tuvo en Venezuela su segunda patria, así como en México el imaginario que hoy lo cobija y le da aliento para seguir husmeando el mundo”.

Con Alejandro en Caracas

Alejandro y Olbeth estuvieron en Caracas en abril de 2005. Alejandro recibiría el doctorado *honoris causa* de la Universidad Central de Venezuela (UCV), nuestra máxima casa de estudios, y la felicidad de él y la de todos nosotros era inmensa, tanto por el merecido reconocimiento como por la dicha de tenerlo en casa.

Sus amigos se reunieron para homenajearlo, festejarlo, incluso algunos vinieron de lejos para la ocasión. El primer encuentro fue en el Centro Cultural Provincial, allí un notable grupo, encabezado por nuestro inolvidable poeta Eugenio Montejo, junto a Gustavo Guerrero, Antonio López Ortega y Rafael Arraíz Lucca, conversaron sobre Alejandro y su obra, sobre la amistad que los unía y la influencia que de diversa manera había tenido en ellos. El los escuchaba emocionado, al final habló él y nos emocionó a todos.

Desde que llegué a la UCV, mi *alma mater*, con Katyna, la tarde del doctorado fue especialmente hermosa y significativa. En el pasillo ella me presentó a un amigo, fue una mirada que

me sobresaltó y me acompañó por un tiempo (pero esa es otra historia).

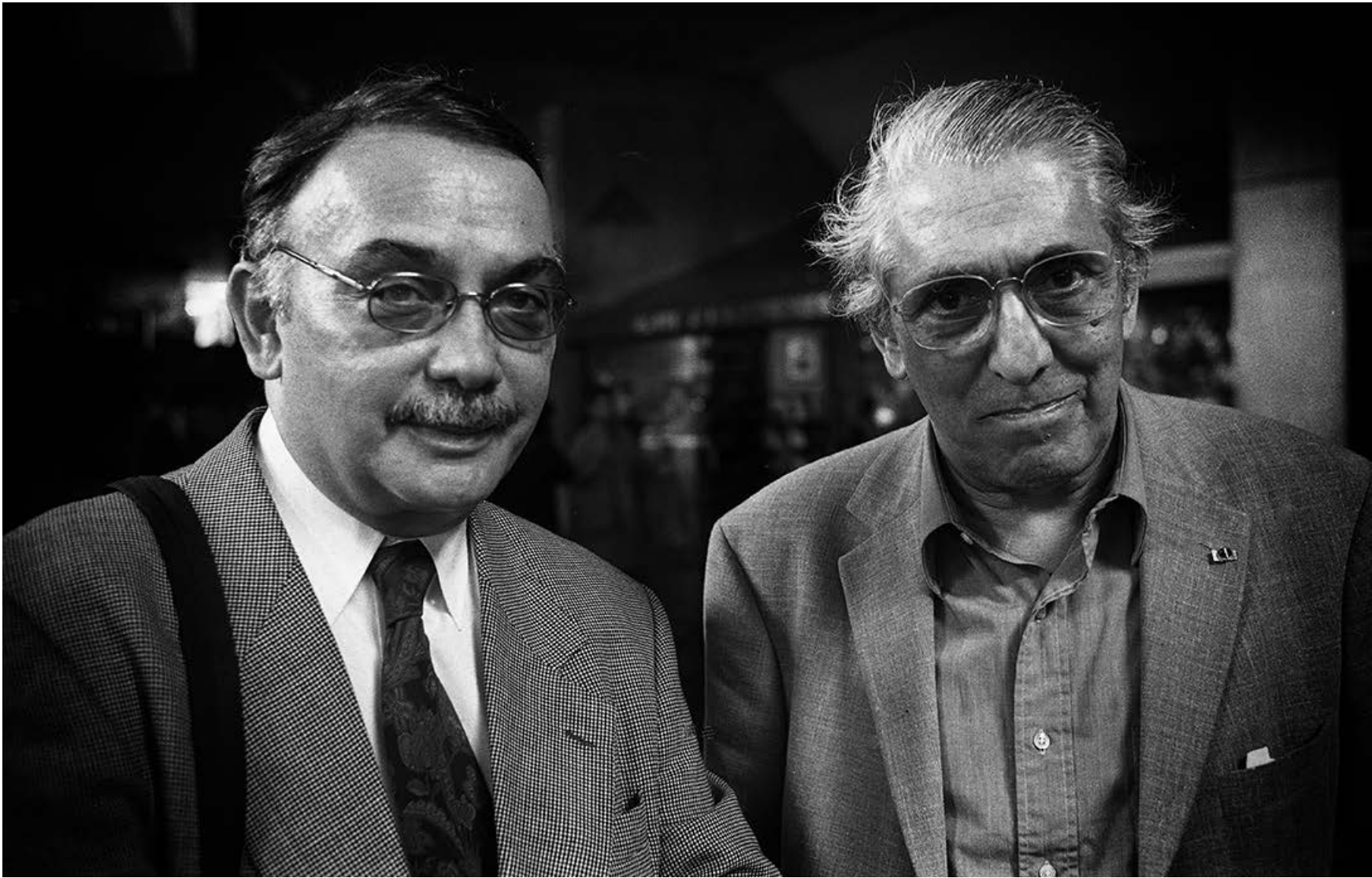
Ver entrar a Alejandro a la majestuosa y entrañable Aula Magna, con su toga y birrete, acompañado de nuestro eterno príncipe de las letras José Balza, quien también recibiría el *honoris causa*, junto a otros destacados académicos, fue extraordinario. A pesar de que ya estaba un poco frágil y debía ayudarse en algunos momentos con oxígeno, lucía imponente y feliz cuando subió a recibir su reconocimiento. Los aplausos y nuestro emocionado grito “U, U, UCV” lo acompañaron. El himno de la Universidad interpretado por el Orfeón Universitario cerró ese emotivo acto en la casa que vence las sombras.

Su recorrido caraqueño siguió intenso, con encuentros con familiares y amigos. Simón Alberto Consalvi, otro amado y recordado personaje nuestro: político, periodista, intelectual, diplomático y amigo, organizó un almuerzo en su casa para celebrar a tan ilustre visitante y su esposa. En casa de SAC nos esperaba un majestuoso sancocho venezolano preparado por su hijo Simón. Allí estuvimos con Eugenio Montejo, el historiador Manuel Caballero, Gustavo Guerrero, Katyna y otros amigos. Fue una tarde de anécdotas, de recuerdos, de amigos. Para mí hay otro recuerdo muy personal de ese día, un hermoso recorrido que hice con alguien muy especial, por la estupenda colección de obras de arte de SAC.

Por supuesto, no podía faltar su visita a la librería El Buscón, en el Trasnacho Cultural, esa “covacha quevediana” que lleva Katyna Henríquez contra viento y marea y es un oasis de libros y libertad en esta atribulada ciudad. Allí Alejandro revisó libros, vio cuáles de los suyos estaban, se llevó algunos de autores venezolanos y saboreó el delicioso chocolate venezolano que ofrecen en la tienda Kakao.

Al salir de El Buscón, Katyna nos invitó a dar un paseo en su automóvil por el sureste de Caracas, fuimos Alejandro, Olbeth, Gustavo Guerrero y yo, en el trayecto Alejandro emocionado le mostraba a Olbeth las nuevas urbanizaciones de esa zona, nos detuvimos en el mirador de Valle Arriba que tiene una imponente vista. Allí bajamos del vehículo y Alejandro se quedó un rato mirando la ciudad desde lo alto, con el imponente Ávila al frente. Conmovido, serio, tal vez recordando esa casa caraqueña de su infancia y a la sonriente negra con un pañuelo en la cabeza que le leía *Las mil y una noches*, tal vez despidiéndose de esa Caracas que siempre llevó en el alma. ☹

- 1 <https://colnal.mx/wp-content/uploads/2019/11/Discurso-Alejandro-Rossi.pdf>
- 2 <https://grupolipo.blogspot.com/2018/09/cartas-credenciales-de-alejandro-rossi.html>



EUGENIO MONTEJO Y ALEJANDRO ROSSI / ©VASCO SZINETAR

HISTORIA >> DOS NOTABLES EN 1799

Andrés Bello y Alejandro de Humboldt: un encuentro memorable

"Así pues, desde su llegada reciben una espléndida hospitalidad de las autoridades y en especial de las élites caraqueñas, entre las que se encuentran los Ustáriz, los Ibarra, los Ávila, los Soubllette, los Tovar, los Sanz, los Blandín. Humboldt se convierte en asiduo visitante de las tertulias capitalinas, y es allí donde conoce a Andrés Bello, quien tenía 18 años"

CESIA HIRSHBEIN

Llegada de Humboldt a Caracas

Desde que inicié el proyecto de investigación para conmemorar los 200 años de la llegada de Alejandro de Humboldt a Venezuela en el Instituto de Estudios Hispanoamericanos, su espíritu ha seguido vigente en algunos de mis trabajos. Incluso en caminatas al Ávila, una vez se me apareció de un modo tan real que esa misma noche escribí un relato sobre ese encuentro.

Ahora se da la oportunidad de volver sobre sus pasos y relacionarlo con nuestro escritor, poeta y legislador venezolano Andrés Bello al cumplirse un año más de su llegada a Caracas.

El 21 de noviembre de 1799 desembarca Alejandro de Humboldt en La Guaira, pernocta en Maiquetía, y el 22 entra a Caracas por el camino de los españoles, donde lo esperaba su compañero de viaje, el médico y botánico Aimé Bonpland, quien había viajado por tierra desde Cumaná, Humboldt lo hizo bordeando la costa, que fue el puerto de entrada al continente americano de los dos viajeros, cuatro meses antes. Traía cartas y pasaportes con sello real, firmados por Carlos IV, a nombre suyo y de su compañero de expedición.

Fue un acontecimiento social y cultural. Son recibidos con la pompa merecedora de alguien que llega con recomendaciones oficiales de la Corte española para sus agentes de América, también traía una misiva personal del marqués de Ustáriz para sus parientes de la capital. Los agasaja también el gobernador y capitán general don Manuel Guevara Vasconcelos.

Así pues, desde su llegada reciben una espléndida hospitalidad de las autoridades y en especial de las élites caraqueñas, entre las que se encuentran los Ustáriz, los Ibarra, los Ávila, los Soubllette, los Tovar, los Sanz, los Blandín. Humboldt se convierte en asiduo visitante de las tertulias capitalinas, y es allí donde conoce a Andrés Bello, quien tenía 18 años, mientras que el prusiano 30, y era ya un experimentado viajero.

Seguro que sintió cierto interés al ver a aquel joven, tímido, menudo, frágil, entre serio y curioso por todo tipo de conocimiento, sin aún saber que había algo en su comportamiento que presagiaba el glorioso porvenir que tendría. O quizás sí. En el poco tiempo que pudieron interactuar surgió una cohesión que me atrevería a decir mágica entre el maestro conocedor de las artes de la naturaleza, de la vida y el pupilo ansioso y atento por aprender. ¿Se comunicarían en español que Humboldt dominaba, o quizás en inglés o francés que Bello había aprendido? El caraqueño también tenía nociones de latín y de los autores clásicos, además era tutor de varios jóvenes mantuanos. Se respetaba su precocidad cultural. ¿Qué impacto debió causarle cuando vio delante suyo a un hombre, quizás exótico para él, robusto, animado, locuaz, de origen prusiano, que hablaba español entre otros idiomas, el alemán nativo, el inglés, francés, latín y también el hebreo, y bronceado por el sol tropical! En una de las cartas desde América a su hermano Wilhelm, reconocido lingüista, le había comentado que se había puesto “cobrizo”. Humboldt representaba para todos y en especial para Bello, que apenas se iniciaba en el engranaje de la sociedad, lo alegre, la investigación en el terreno, la energía, la vitalidad. Eran luces y sombras que se entrelazaron para crear una nueva luminosidad.

Humboldt por su lado, había mostrado desde



ALEXANDER VON HUMBOLDT – JOSEPH KARL STIELER / SPSG BERLIN-BRANDENBURG

joven una marcada inclinación e inquietud por conocer mundo. En su adolescencia, acompañado de su hermano, dos años mayor que él, y de sus tutores, había frecuentado Berlín, ciudad cercana a Tegel, donde vivían en un castillo familiar. Comienzan a frecuentar algunos salones de la sociedad berlinesa, sobre todo “los tres únicos salones de Berlín en los que, en el curso de los últimos años del siglo XVIII, se podía reencontrar a la burguesía preocupada por la cultura” señala Charles Minguet, el historiador que se ocupó de estudiar al barón de Humboldt. Son los salones de Dorothea Mendelssohn, Henriette Herz, y Rahel Levin, y continúa: “sus orígenes israelitas y sefardíes [de estas familias] les permiten [a los dos hermanos Humboldt] una amplitud de miras sobre el mundo exterior, que sin duda la aristocracia prusiana no podía y ni aun presentir”.

A los 25 años conoció a Goethe en Jena. Wilhelm, que en ese entonces tenía ahí una casa, intercedió por un encuentro con el hermano. Entre el aprendiz y el poeta consagrado se produjo el inicio de una amistad duradera. Goethe en realidad quedó fascinado por el naturalista en ciernes.

Así que al conocer Humboldt al joven caraqueño, supo aqulatar sus dotes intelectuales. Pasearon juntos por algunas de las zonas agradables del valle de Caracas. ¿Le habrá contado Humboldt todas sus aventuras antes de la llegada a Caracas? ¿O sobre su experiencia como consejero en la Corte del Imperio prusiano? ¿De sus reuniones intensas y gratificantes en los salones literarios de las brillantes damas judías, que fue dónde aprendió el hebreo?

Expedición a la Silla del Ávila

El paisaje de la imponente montaña del Ávila que estaba a los pies de donde se hospedaba Humboldt, tan exuberante como misteriosa, no se apartó de su mente hasta que decidió sondear sus secretos. Entusiasmado como siempre, preparó junto a Bonpland una expedición para el 2 de enero del nuevo siglo, 1800.

Ascienden por la grieta de Chacaíto. “Nos pusimos en marcha a las 5 de la mañana acompañados de esclavos que llevaban nuestros instrumentos. Compañíamos dieciocho personas que íbamos unos tras otros por un estrecho sendero...”, cuenta Humboldt, y continúa: “Esta subida, más fatigosa que arriesgada, desalentó a las personas que nos habían acompañado desde la ciudad que no estaban acostumbradas a escalar las montañas. Mucho tiempo perdimos aguardándolas, y resolvimos continuar solos nuestra vía cuando las vimos a todas descender la montaña en vez de escalarla”. Andrés Bello formó parte de los que “descendió la montaña en vez de escalarla”. Humboldt y Bonpland llegaron hasta el pico oriental de la Silla de Caracas, o Silla del Ávila.

Los viajeros partieron el 24 de noviembre de ese mismo año desde Nueva Barcelona hasta La Habana.

Bello en Londres

Humboldt y Bello no volvieron a verse, pero quedó en ambos la impronta de aquellos encuentros en la ciudad de Caracas.

Andrés Bello continuó su ritmo de trabajo entre el estudio universitario y las tutorías. Simón Bolívar había regresado de Europa en 1807. Y de pronto, la vida del estudioso y poeta cambió como si se tratara de una sacudida telúrica. Había que luchar por la independencia venezolana. La Junta Suprema de Caracas creó la misión diplomática liderada por Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello como secretario, entre otras razones, por sus conocimientos del inglés y el francés. Partieron a Londres en 1810.

Bolívar logró salir de Londres en 1811. ¿Y Andrés Bello? El brillante poeta, escritor y legislador fue abandonado a su suerte, y para colmo, arruinado. Fueron diez y nueve años de exilio forzado. Pero su fuerza espiritual pudo más que la adversidad económica y la nostalgia por su tierra natal. Aprovechó el tiempo para estudiar y escribir, además de trabajar como tutor y traductor, entre otros oficios. Se involucró también en los círculos intelectuales, conoció a pensadores como Jeremy Bentham. Publicó artículos en revistas, compuso varias poesías y realizó investigaciones filológicas pioneras. También fue secretario de las legaciones de Colombia y Chile.

Un dato curioso es que Alejandro de Humboldt había viajado a Londres junto a su hermano Wilhelm como parte del séquito del rey Federico Guillermo III de Prusia en misión diplomática, estando Bello ahí, pero nunca se encontraron. Seguramente los vaivenes de la corte absorbieron a los hermanos Humboldt. Sin embargo, Bello tuvo la ocasión de leer las versiones inglesas de la obra de Alejandro publicadas en Londres, lo que consolidó su formación y su visión humanista. Desde entonces escribió, entre otros asuntos, textos sobre ciencia, historia, tecnología, geografía y astronomía

Fundó junto a Juan García del Río las revistas *Biblioteca Americana* (1823) y *Repertorio Americano* (1826-1827), en las que aparecen traducciones de Humboldt, de Herschel, de Horacio, de Schiller y artículos de interés general. La finalidad de estas revistas, según las palabras de Bello, “era educar a sus hermanos de América, ya en la poesía, ya en la influencia de la literatura sobre la sociedad, ya en la traducción de importantes intelectuales”. De igual modo esbozó en la capital industrial sus ideas sobre gramática y legislación, que más tarde se materializarían en obras más complejas.

Chile, un nuevo destino para Bello

La amistad entre Bolívar y Bello se fue deteriorando de a poco. ¿Cómo entender los más oscuros sentimientos que se esconden en el ser humano? ¿Vanidad? ¿Pérdida de interés? ¿Rivalidad? Es difícil saberlo. Bello hizo varios intentos por volver a Venezuela y siempre se encontró con la negativa para quien había sido su tutor y amigo. En 1826 le escribió una desgarradora misiva en la que pedía ayuda económica, pero no la obtuvo, con el agravante de que su cargo diplomático se le asignó a otra persona. Así las cosas, se encontraba sin fondos y atado a Londres. Se necesitaba de valor para no perderse y desaparecer entre la húmeda bruma londinense.



ANDRÉS BELLO – RAYMOND MONVOISIN / UNIVERSIDAD DE CHILE

Pronto la suerte cambiaría, otros latinoamericanos lo valoraron y vieron en él a un hombre con atributos especiales, entre ellos, los delegados chilenos que también se encontraban en Londres. Uno en especial, Antonio José de Irisarri, amigo personal de Bello y como embajador de Chile en Londres, al entender sus apuros y sobre todo apreciar sus virtudes intelectuales y legislativas, le dio el cargo de secretario personal de la Embajada.

Y fue más allá el amigo, sabía que Bello no era hombre de eternizarse en una oficina. Habló con el presidente de Chile, en aquel entonces, Francisco Antonio Pinto y que también lo conoció en Londres, para proponerle que se estableciera en Chile “para ayudar a la joven nación a organizar sus instituciones y su legislación”. Le financiaron el viaje, y así, después de tantos años de desarraigo pisó de nuevo tierra americana, pero lejos de su patria. Desembarcó el 25 de junio de 1829 en el puerto de Valparaíso, viudo y con dos hijos, Carlos y Francisco.

Entre las múltiples obras que publicó Bello en Chile, la *Cosmografía o descripción del universo*, 1848, se puede considerar como un homenaje al “ilustre” Alejandro de Humboldt. Inspirada en su *Cosmos*, entresaca de esa obra datos para la educación científica en Chile y en América.

Miguel Luis Amunátegui discípulo y también biógrafo de Bello, en sus conversaciones apacibles con el maestro, sobre todo en la última etapa de su vida, sirvieron para reconstruir muchos de los eventos de su juventud que se incluyen en *Vida de don Andrés Bello*, 1882. Ahí aparece la anécdota de la expedición a la Silla de Caracas con Humboldt y Bonpland. Le cuenta Bello como “fracasó” a mitad de camino en compañía del padre Andújar.

Otro de sus discípulos fue Benjamín Vicuña Mackena, escritor, periodista, historiador, político y viajero. Relata con orgullo “su encuentro feliz con el venerable Alejandro de Humboldt en su modesto gabinete de Berlín” en el año de 1855. Más impacto le causó cuando “en una breve media hora de conversación, Humboldt me preguntó si vivía aún entre nosotros el señor Andrés Bello, a cuya familia recordaba haber conocido en Venezuela y cuya posterior fama había llegado hasta él hacia largo tiempo”. Vicuña Mackena tenía apenas 24 años y ese evento marcó un antes y un después en su vida, según confesó más adelante.

Don Andrés Bello no defraudó a sus anfitriones, Antonio José Irisarri y Francisco Antonio Pinto, ni a los chilenos en general. Con una obra inmensa, y todos los honores terminaría sus días en Santiago de Chile, el 15 de octubre de 1865 a los 83 años.

Alejandro de Humboldt, famoso, admirado y respetado hasta sus últimos días, además de científico y naturalista, tenía inclinaciones poéticas. Seducido por la Ilustración y el Romanticismo, significó mucho para él en aquellas tierras lejanas, llenas de aventuras y exotismo, conocer a Andrés Bello, gran poeta de la naturaleza. Admirable el hecho de que se habían seguido la pista mutuamente. Humboldt y Bello están entrelazados a la historia de América y a la historia de la cultura y la ciencia en general. ☞

MEMORIA >> LIBRO DE GIUSEPPE GIANNETTO PUBLICADO POR KÁLATHOS

Y la casa venció a las sombras

Giuseppe Giannetto (1951) científico, investigador y docente con una prolífica trayectoria, reconocido dentro y fuera de Venezuela, se desempeñó como rector de la Universidad Central de Venezuela entre 2000 y 2004. Durante 2001 tuvo que afrontar la toma de los espacios de la universidad por parte de un grupo de violentos. En *Y la casa venció a las sombras* (Kálathos ediciones, 2025), reconstruye aquellos hechos estremecedores

GLORIA CUENCA

La memoria es uno de los bienes más preciados del ser humano. ¿Qué sería de nosotros sin esa extraordinaria facultad? Muy probablemente terminaríamos en una situación lamentable. Sin embargo, sabemos, la “memoria es frágil”, en ocasiones selectiva, olvida lo desagradable y recuerda solo lo bueno. Episodios muy dramáticos o demasiado felices no son recordados. Ha sido así a lo largo de la existencia de la humanidad. Sin embargo, siempre existe la pregunta: ¿qué fue lo que pasó?, ¿cómo ocurrió? De allí la grandeza de los textos que nos narran la historia de los hechos. Imposible no reseñar los antiguos relatos orales, con canciones, trovas y coplas, que nos dejan testimonio de lo ocurrido. En América del Sur, en el gran Imperio inca, existían unos valerosos, corpulentos y fuertes indios que corrían desde el centro de la capital, en Machu Pichu, hasta Quito, la actual Lima y más lejos aún. Se les llamó chasqui. Eran correos parlantes, encargados de llevar las informaciones noticiosas de un lugar a otro. En ese entonces, sin saberlo los chasquis contribuían también a reducir la incertidumbre que provocaba la falta de información. Luego, ocurrió el gran invento de Johannes Gutenberg, los tipos móviles para la imprenta, transformándonos en obsesivos lectores de las páginas impresas. Con claridad y precisión, a pesar de los extraordinarios inventos cibernéticos de hoy, quienes amamos la lectura no dejamos jamás de hojear un libro, una revista o un periódico y deleitarnos con la palabra impresa.

El título del libro de los cuatro años de la gestión del profesor Giannetto, propuesto por el profesor Adolfo Herrera, se llamaría “El ciudadano rector”. En su lugar, hoy en día el ciudadano rector Giannetto nos presenta una crónica sobre lo ocurrido en su turbulento primer año y medio intitulada *Y la casa venció a las sombras*. Toma de la Universidad Central de Venezuela en 2001. Ser ciudadano es recuperar los hechos. Ser ciudadano es uno de los más importantes, necesarios y trascendentes papeles que toca asumir en la democracia. La ciudadanía se hace a partir de una verdadera condición humana que se inicia en el reconocimiento de la polis hasta la asunción de valores como libertad, justicia, democracia, equidad y ética. Se es un buen ciudadano cuando se cumple con la misión y las tareas que en una determinada posición y cargo te han sido asignadas. En estos tiempos de fariseísmo, la conducta ética-ciudadana del rector Giannetto es un ejemplo a seguir, siempre. Las generaciones del presente y del futuro tienen un nuevo marco de referencia a partir de lo vivido, luego de la situación que aquí se narra.

Creo, considero y pienso que el rector Giuseppe Giannetto, una vez más, asumió una responsabilidad histórica con el país, con la universidad y con las viejas y nuevas generaciones de docentes y estudiantes. Decide narrar y divulgar, casi tres décadas después, lo que ocurrió en los días aciagos de la toma del Consejo Universitario, por parte del llamado movimiento M-28. Resulta imprescindible el recuento desde la voz



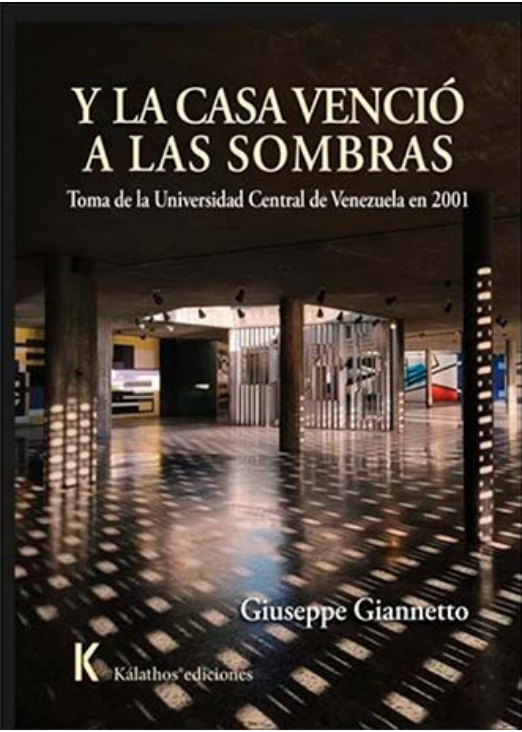
GIUSEPPE GIANNETTO / ARCHIVO

del rector, principal actor de los acontecimientos, este testimonio. A lo largo de estos 25 años hemos encontrado numerosas personas, con las mismas características de “los violentos”, como acertadamente los llama el rector. Llama la atención esa desconfiguración de ciertos seres humanos. Algunos no han llegado al ser, están entre pertenecer a entes y alcanzar la categoría de persona humana. Cuesta mucho trabajo comprender cómo y por qué se degradan de esa manera. ¿La ideología? ¿Patologías preexistentes? ¿Resentimiento profundo? No hay respuesta para esto, queda a psicólogos y sociólogos el reto de analizar a esa gente. La historia es “maestra de la vida” (*magistra vitae*) dijo el gran tribuno y orador romano, Cicerón. En efecto, ¡qué desagradable e inapropiado implica no conocer nuestro pasado! Resulta que la velocidad del tiempo, acelerado, según la Teoría Schumann, transcurre de una forma, casi podría decirse, violenta. Si no estamos alertas, el día se pasa sin darnos cuenta y sin cumplir las metas que tenemos. Escribir, narrar, contar los acontecimientos trascendentes, es un imperativo para los protagonistas de determinadas circunstancias y momentos históricos. Si no se recogen esas experiencias, muchas cosas se olvidan. Gracias a Dios existen documentos, informes, grabaciones de sonidos y videos, que permiten recuperar los hechos. Especialmente trascendental es la preocupación de los actores principales de los sucesos por describir con la mayor exactitud posible lo ocurrido, a pesar de la lejanía que impone el tiempo. Es una tarea imprescindible para la comprensión del desarrollo de los acontecimientos histórico-políticos-sociales actuales.

Desde que comenzó el régimen dictatorial venezolano en 1998, hasta el día de hoy, han ocurrido sucesos, eventos, situaciones, absolutamente inéditos. Venezuela ha sido un campo de experimentación y enseñanza para el planeta. Si algo quedaba de la izquierda en el mundo, aquí fue pulverizado de la manera más terrible y sorprendente. El “caso Venezuela” será estudiado en el futuro para poder entender cómo fue que un país maravilloso, próspero, amigable, productivo, fue arrasado como si hubiesen lanzado las temibles bombas Napalm, caídas en el martirizado Vietnam de los años 60. Esto sin que en Venezuela haya ocurrido una guerra. Desde el comienzo del régimen, para quienes no caímos encantados por la palabra seductora, envolvente y predicadora de Hugo Chávez Frías, resultaba claro por dónde iba su ruta. Falsa, tramposa, antidemocrática y seudomarxista. No obstante, una mayoría del país lo seguía sin pensar, ni analizar, cuestiones elementales: se trataba de un militar, sin gran preparación, lleno de resentimientos sociales, por su procedencia e historia personal, con una ambivalencia ideológica muy alarmante. Primero, visitó al exiliado expresidente Marcos Pérez Jiménez en Madrid, un confeso derechista, y no encontró lo que buscaba. Luego, fue a La Habana, a reunirse con el

dictador Fidel Castro, confeso comunista quien, a su vez, buscaba alguien que lo salvara del desastre de hambre y miseria del llamado “período especial” provocado por el abandono de Rusia. Castro encontró en Venezuela un terreno fértil y convenció al nuevo presidente de las bondades de su régimen. Los venezolanos, que sabían de fuente directa el desastre de Cuba, siguieron a Chávez, inexplicablemente. En parte a eso se debió la situación que se presentó, repentinamente en la Universidad Central de Venezuela. Quedó claro al comienzo del régimen, para quienes veíamos con precisión y claridad lo que ocurría, esa fascinación tardía por el líder cubano y la incongruencia de Chávez. Esto será definitorio a lo largo de su vida: ser rico es malo, pero roba de la peor manera y hace a sus hijas millonarias por el robo. Por una parte, le devuelve el Jardín Botánico a la Universidad Central de Venezuela y por la otra, sus seguidores hacen una toma totalmente extemporánea y fuera de lugar en la

“
La narración, fiel y detallada, nos pone en contacto con una terrible realidad”



UCV. Una incongruencia más.

La narración, fiel y detallada, del rector Giannetto nos pone en contacto con una terrible realidad, que estará presente durante estos 25 años de dictadura. Un resentimiento espantoso por parte de un importante grupo de jóvenes, violentos y supuestamente revolucionarios, quienes en lugar de buscar ayuda para su malestar existencial y asistir a procesos terapéuticos, optan por la violencia y pretenden destruir las bases elementales para una vida diaria, sana, legal, decente, amigable y serena. Esto es lamentable y muy triste, todavía hoy en día.

La lectura del texto me ha conmovido. Fui observadora de los hechos desde tres perspectivas distintas: como profesora universitaria, jubilada y activa, decidida amante de la autonomía, la libertad de cátedra y de la democracia universitaria, como la esposa de Adolfo Herrera, que fue directivo en esos tiempos difíciles, siempre del lado de la autonomía, la justicia, la democracia, con su espíritu de gran negociador puesto a prueba y, no menos importante, como paciente: me habían diagnosticado un cáncer, debía luchar por mi recuperación y sentía que mi vida pendía de un hilo.

Es importante destacar cómo, en medio de la violencia, el rector y las autoridades leales no perdieron nunca la perspectiva: había que mantenerse cumpliendo la normativa ético-jurídica del país.

La Constitución Nacional y la Ley de Universidades fueron y son su principal apoyo y respaldo. Se recurre a los tribunales para buscar soluciones. Por otra parte, los profesores, los docentes, insisten siempre, queda muy claro a lo largo del relato, en la posibilidad de la negociación. Por supuesto, esto resulta inaceptable para los “violentos”. Se intenta, una y otra vez. Sin logro alguno, pero no se desiste. La gente civilizada así resuelve los problemas, no con violencia, groserías y/o chantajes. El diálogo, necesario e imprescindible en la educación, estará siempre presente en la mente de la autoridad universitaria, para no perder su verdadera condición rectoral en medio de los difíciles y dramáticos momentos vividos.

Este es un relato magnífico, en primera persona, por parte del “ciudadano rector”. Tal vez, se han olvidado algunas anécdotas, sin embargo, cumple con la finalidad fundamental: dar al lector de estos tiempos una visión esclarecedora de cómo se ha luchado desde siempre por la universidad autónoma, democrática, universalista, civilista, con absoluta libertad de cátedra y con criterios para los jóvenes que allí llegan a educarse. ¡Gracias, rector Giannetto, por esta magnífica y pertinente contribución a la historia contemporánea de Venezuela! 🇻🇪

*Y la casa venció a las sombras. Toma de la Universidad Central de Venezuela en 2001. Giuseppe Giannetto. Prólogo: Gloria Cuenca. Kálathos editorial, España, 2025.

PUBLICACIÓN >> HISTORIA DEL CINE VENEZOLANO

Entrevista a Alejandro Izquierdo

Doctor en Química y luego de una trayectoria en la industria petrolera, hace dos décadas Izquierdo saltó al mundo del cine, profesional y académicamente. Fue director de Distribución de Cines Unidos e hizo un doctorado en la Universidad de La Sorbona con una tesis dedicada el cine venezolano. Su libro *Transformaciones del cine venezolano 1973-2015. El país, la producción, la recepción*, ha sido publicado por abediciones (UCAB, 2025)

NELSON RIVERA

Quiero preguntar por las fuentes de su investigación. Me impactó el torrente de información cuantitativa y cualitativa -cifras, citas de fuentes hemerográficas, reportes institucionales, de estudios diversos y más-, que ordena y sistematiza en su libro. ¿Dónde estaba esa información? ¿Cómo accedió a ella?

Las fuentes cuantitativas fueron las estadísticas del Centro Nacional de Cinematografía (CNAC) y de la Asociación de la Industria del Cine (Asoinci), en lo referente a la cantidad de espectadores del cine venezolano. Las cifras relacionadas con la producción nacional existen desde 1976 y estuvieron parcialmente disponibles en el CNAC. Algunas cifras que necesitaba no estaban accesibles, pero me fueron amablemente suministradas. Las estadísticas de Asoinci comenzaron a llevarse a partir de los años 90 e incluyen todas las cinematografías. En la actualidad, la página del CNAC no ofrece ninguna estadística.

Para las fuentes hemerográficas, los orígenes son diversos. Consulté libros de mi biblioteca, las colecciones de *Cine al día* (1967-1983), *Encuadre* (1984-2001) y *Objeto Visual* (1993-2007). Fueron referencias importantes dos publicaciones del Centro Gumilla, felizmente disponibles en su página web: la revista especializada *Comunicación* (1975 al presente) y la revista *SIC* (1938 al presente). Más recientemente, portales y publicaciones digitales como *Ideas de Babel*, *Prodavinci*, *El espectador imaginario*, *Ibermedia*, *Encine* (desaparecido), y *Aporrea*, han permitido un mayor acceso a reflexiones sobre la cinematografía venezolana.

Su estudio ocupa un poco más de cuatro décadas: de 1973 a 2015. ¿Por qué ese período?

Antes de 1973 en Venezuela se producían, en promedio, apenas dos largometrajes que no recibían mayor atención del público, aunque este asistía regularmente a las salas. Ese año ocurrió un hecho trascendental: por primera vez una película venezolana, *Cuando quiero llorar no lloro*, de Mauricio Walerstein, adaptación



ALEJANDRO IZQUIERDO / ©CRISTINA RAFFALLI

de la novela homónima de Miguel Otero Silva, se convierte en favorita del público sin dejar lugar a dudas: fue la segunda película más vista del año. Recogió el 14 % de la taquilla anual, detrás de *La aventura del Poseidón* (Ronald Neame, 16 % de la taquilla). Fue el inicio de una modesta pero continua producción que capta la atención de los espectadores. Aquí debo precisar que el corpus de este trabajo está constituido únicamente por obras nacionales de ficción que fueron exitosas en el *box office*. No es un libro de análisis filmico.

¿Por qué hasta 2015? Desde 1973, el libro se va construyendo sobre estadísticas que fueron levantadas en condiciones comparables. En 2015, 29,2 millones de personas asistieron a las salas oscuras, y 993 mil vieron filmes nacionales. A partir de 2016, la crisis que ha venido viviendo Venezuela se agudiza. La inseguridad y los racionamientos eléctricos tuvieron, entre sus múltiples consecuencias, una disminución importante en el número de proyecciones y, por lo tanto, de público. A ello se suman la hiperinflación, el Covid, la emigración masiva no solo de los ciudadanos sino también de los profesionales del sector y, en paralelo, la degradación de la gestión del CNAC.

Su libro cuenta el nacimiento de un público para el cine venezolano. ¿Cómo ocurrió?

Cuando quiero llorar no lloro representó un punto de inflexión. Múltiples razones contribuyeron a su éxito. De entrada, se trata de la adaptación del *best-seller* de Miguel Otero Silva, que además supo combinar los cánones del cine comercial estadounidense con una historia muy local y vigente que convocaba elementos de gran conexión con el público, como la marginalidad, la guerrilla o los patoteros. Y, cito a Alfonso Molina, el filme establece “una relación de identidad entre el espectador y lo que sucedía en la pantalla. Una forma de hablar, de actuar y, en definitiva, una forma de ser venezolana. Por primera vez los ojos nacionales veían una historia, un proceso dramático y unos personajes que les pertenecían”.

Este éxito no fue un hecho aislado. Le siguió inmediatamente, en 1974, *La quema de Judas*, de Román Chalbaud, cuarta película con mayores ingresos, con el 9 % del *box office* total. Al finalizar el primer semestre de 1975, *Crónica de un subversivo latinoamericano*, también de Walerstein, es la séptima película más vista, acumulando el 7 % de la taquilla.

El mismo año Chalbaud estrena otra favorita del público, *Sagrado y obsceno*. De ser una cinematografía reducida y al mismo tiempo ignorada por sus compatriotas, cuatro filmes venezolanos que, es importante señalar, giran alrededor de la guerrilla urbana, están entre los 10 más vistos

de los años 1973-1975. A ellos se van a sumar dos largometrajes más, estrenados en 1976 y 1979: *Compañero Augusto*, de Enver Cordido y *País portátil*, de Iván Feo y Antonio Llerandi.

¿Qué se puede decir sobre la representación de Venezuela en estos filmes iniciales, estrenados entre 1973 y 1979? La presencia del tema guerrillero en la cinematografía de ese período es claramente atractiva: se recrean hechos aún frescos en la memoria nacional, que dejaron huellas y heridas, con su inmenso potencial dramático y con la utopía marxista aún vigente, en un país donde la intelectualidad, la clase media y la población estudiantil son marcadamente de izquierda.

Los éxitos de *Cuando quiero llorar no lloro* y *La quema de Judas* generaron un singular entusiasmo en el Estado que, con los abundantes recursos petroleros de los años setenta, resultado de la guerra del Yom Kipur, decide financiar por primera vez el cine nacional. Esto comienza en 1975, a través de un sistema de créditos para la producción cinematográfica, administrado por la Corporación de Desarrollo de la Pequeña y Mediana Industria (Corpoindustria), adscrita al Ministerio de Fomento. El cine nacional pudo obtener aportes privados, facilidades ofrecidas por las empresas de servicios y adelantos de distribución. A partir de este momento, con altos y bajos, siguiendo el ritmo de los precios del petróleo, el cine venezolano dependerá fundamentalmente del financiamiento estatal.

De acuerdo a su criterio, entre 1973 y 1988 se produce un boom del cine venezolano. ¿Qué variables, qué características tuvo, desde el punto de la producción de películas?

Los dramas, los dramas sociopolíticos y las comedias conforman el 60 % de la producción de este período. La conexión con la realidad del país estuvo altamente presente. Ya ha sido señalada la importancia de la “fronquicia guerrillera” desde el punto de vista de la producción y la recepción.



Los filmes de esos años recrean y escudriñan temas como el nuevorriquismo surgido del maná petrolero, la marginalidad de los que no tienen acceso a esta riqueza y la corrupción económica y política.

El público que en la década de los 70 se había conectado con guerrilleros y marginalidad, en los años ochenta se conecta con la temática del crimen. Once de las trece películas de este período giran en torno a muertes violentas. Cuatro de ellas, incluyendo las dos más vistas, se inspiran en homicidios ocurridos en el país. Es necesario precisar que los guerrilleros no fueron desatendidos por los espectadores, sino que fueron los cineastas quienes los dejaron de lado, mientras que la marginalidad, sí tuvo continuidad. Luego de sus filmes políticos Mauricio Wallerstein se trasladó a dramas con una alta carga de erotismo, filón también explotado por Chalbaud, con gran bienvenida del público.

En 1966 se fundó la Cinemateca Nacional. ¿Cumplió algún papel en ese boom del cine venezolano?

Seguramente. En el pasado, la Cinemateca Nacional fue una institución fundamental para la difusión de la cinematografía mundial, y debe haber sido frecuentada por cineastas y profesionales del sector. Pero no tengo una respuesta precisa. Quizás en la Cinemateca Nacional a algún cineasta venezolano le ocurriría lo que a Wim Wenders, quien vino a París a estudiar pintura y, para escapar al frío de su habitación, se refugiaba en la Cinemateca Francesa, donde despertó su pasión por el cine. O como el querido Rodolfo Izaguirre, quien llegó a París a estudiar Derecho y la Cinemateca Francesa lo sacó de ese camino.

¿Por qué califica al período entre 1984 a 1988, como “los años dorados”?

Entre 1984 y 1988, se vive el mejor momento de la historia del cine venezolano. En esos cinco años, casi 17 millones de espectadores asistieron a las salas a ver 68 filmes nacionales. Esta afluencia dio lugar a un promedio de 249 mil espectadores por filme. Se concentran en este lapso 13 de las 25 películas nacionales más vistas de todos los tiempos, traducidas en poco más de 10 millones de entradas.

Esta producción fue posible gracias a la existencia del Fondo de Fomento Cinematográfico (Foncine), creado en 1981. El se nutría del aporte de los exhibidores (6,66 % de la taquilla) y de los fondos otorgados por el gobierno nacional. Con variaciones de año a año, la participación privada osciló entre 60 % y 77 % y la pública, entre 40 % y 33 %.

A continuación de los “años dorados”, le sucede una etapa de

quince años, 1989 a 2004, que denomina “La crisis”. ¿Qué la caracteriza?

El sector, dependiente del presupuesto nacional, sufrió las consecuencias de las crisis políticas y económicas vividas en el país, que trajeron una clara reducción del financiamiento. La inflación aumentó significativamente el costo de las producciones. Foncine desapareció en 1994. El mismo año se crea el CNAC, que nace de la nueva Ley de Cine. Sin embargo, una de las reivindicaciones fundamentales reclamadas por los cineastas, y prevista en el proyecto redactado, era la reglamentación de la participación privada en el financiamiento de las producciones nacionales. Lamentablemente, esta obligación que la ley sancionaba fue eliminada por presión de los sectores televisivos, distribuidores, exhibidores e incluso de la Motion Pictures Association of America.

En este período ocurrió una gran variación con respecto a la primera etapa: la atención a una producción libre de violencia, crimen, pobreza y erotismo. De las seis películas que superaron los 300 mil espectadores, la primera y la tercera más vistas, *Salserín* y *Muchacho solitario*, son juveniles, un género no explotado por los cineastas, a pesar del antecedente de *Generación Halley*, estrenada en el período precedente y que ocupa la posición número 10 de las más vistas del cine nacional (758 mil espectadores). En este grupo está igualmente el biopic *Manuela Saénz, la Libertadora del Libertador*, película histórica más vista hasta ese momento.

De seguidas, viene la década 2005 a 2015, ante la que se pregunta, si ella constituye un “Renacer”. ¿Qué caracteriza a ese período? ¿Podría hablarnos de sus dudas?

La producción cinematográfica venezolana vivió un resurgimiento luego de la difícil etapa entre 1989 y 2004, con solo cuatro estrenos al año y un promedio de 80 mil espectadores por filme. Entre 2005 y 2015 se contabilizan 13 estrenos al año y un promedio de 119 mil espectadores por largometraje. En otras palabras, una media anual de 1,3 millones de espectadores, 4 veces mayor que el promedio de la asistencia en el período precedente.

El estreno de la ópera prima de Jonathan Jakubowicz, *Secuestro express*, fue el disparador. Su aire renovador y el haber visibilizado una problemática de actualidad reconectó a los espectadores con el cine nacional. Y esto coincidió con un cambio fundamental: la aprobación de la nueva ley de cine y junto a esta, la creación del estudio estatal La Villa del Cine. El marco jurídico contempló la creación de Fonprocine, un fondo de financiamiento independiente del presupuesto nacional y alimentado por los actores del sector audiovisual. El instrumento legal también le asegura a todo filme su estreno en los cines y el subsidio de hasta 20 copias.

Hubo, en este período, noveles cineastas que supieron construir sus públicos. De los 15 filmes más vistos del período, siete fueron óperas primas. Un hecho diferenciador de este período fue el éxito obtenido por las comedias. Desaparecidas entre 1989 y 2004, representaron el 21 % de la producción en última parte del estudio y, aún más importante, captando el 35 % de la asistencia a las salas. De las 15 películas más vistas en el período, seis fueron comedias. Sin duda, en un país crispado por la polarización política, los públicos encuentran una válvula de escape en dicho género y esta circunstancia es correctamente descifrada por algunos realizadores.

En este tercer período, los dramas sociopolíticos cayeron al 13 % de las producciones. La violencia criminal continúa presente en alta proporción, pero en contraste con lo ocurrido en el pasado, recibe un tratamiento de espectáculo y se asume como objeto estructural. Sus personajes son claramente maleantes. Han dejado de ser las víctimas de un sistema social, político y económico injusto.

(Continúa en la página 8)

Entrevista a Alejandro Izquierdo

(Viene de la página 7)

Por otro lado, el contenido político cuestionador decae significativamente en este período, pese al alto potencial cinematográfico de los eventos marcantes de estos años: crímenes de figuras políticas, fallecidos por huelgas de hambre, corrupción al más alto nivel, desastres ecológicos asociados a la minería en el sur, violaciones de los derechos laborales o de la propiedad privada, entre muchos otros acontecimientos ausentes de la cinematografía nacional, no obstante su impacto en la vida del país.

En contraste con esta situación, ocurrió un fenómeno nuevo: el desarrollo de un cine oficial al servicio de la “Revolución bolivariana”. Con la excepción de la superproducción *Libertador*, la respuesta del público fue bastante pobre.

¿Por qué esta tercera etapa, “El Renacer”, es un interrogante? Me doy cuenta al atender esta entrevista que esa interrogante quedó de la escritura de tesis doctoral que dio origen a este libro. No sabía si la crisis que se inició en el 2016 y a la cual hice aquí mención, al inicio, era simplemente un bache, o si era algo que había llegado para quedarse. Lamentablemente continúa, y ya podemos hablar, al igual que en la literatura, de un cine de la diáspora.

En su estudio describe una industria cinematográfica dependiente de los recursos del Estado. ¿Se han producido intentos por hacer películas que no dependan del financiamiento del Estado?

Salvo pocas excepciones, Estados Unidos, India, y Nigeria en el pasado, las cinematografías nacionales existen gracias a las políticas públicas de los Estados y a la participación parcial de capital privado. Ello por una razón muy simple, el tamaño de los mercados nacionales, prácticamente en el mundo entero, no permite que los filmes recuperen el capital invertido.

En el caso de Venezuela, antes de 1973, *boom*, todas las películas se hicieron con capital privado. Una vez que el Estado decide invertir en el cine, este bailará como todo el país, al ritmo de los precios del petróleo.

El surgimiento de un público para el cine venezolano, ¿disminuyó el interés –el número de espectadores– por el cine de la gran industria estadounidense?

No podemos decir que el cine venezolano haya retado la hegemonía de las producciones estadounidenses. Lo veo, más bien, como un enriquecimiento de la oferta, al menos en periodos de relativa normalidad. Usemos las cifras para el período del “Renacer”, 2005-2015. La producción nacional atrajo un promedio anual de 1,6 millones de espectadores y ello representa, también en promedio, 5,6 % de la asistencia. A título comparativo, para el periodo 2012-2015, los porcentajes promedio de asistencia al cine nacional son, en Colombia, 5,9 %; México 8,25 %; Argentina 13,8 % y Brasil 13,6 %.

Hay un público que muestra preferencias temáticas. Simultáneamente, se establece una corriente de opinión que dice, despectiva, el cine venezolano está constituido por un universo de delincuentes, crímenes, lenguaje obsceno y otras cuestiones afines. ¿Cómo conviven estos dos fenómenos? ¿Es semejante a lo que ocurría con las telenovelas: enormes audiencias y críticas negativas a un mismo tiempo?

Las cifras demuestran que a pesar de la recurrente opinión según la cual el venezolano está cansado de ese tipo de cine, estos filmes siguen siendo los que concentran el mayor público. Ilustración de ello son *Soy un delincuente* (1976), *Macu, la mujer del policía* (1987), *Sicario* (1995), *Secuestro express* (2005), *La hora cero* (2010), que también comparten la categoría de drama sociopolítico.

Pierre Bourdieu trabaja los conceptos de cultura legítima y cultu-

ra popular. Podemos pensar que los responsables de la corriente de opinión mencionada (que no son probablemente la mayoría de los espectadores) podrían formar parte de la cultura legítima. Así se toma una posición frente a las culturas populares, que son desvalorizadas y percibidas como vulgares. Es importante decir que esta oposición no se basa en un valor intrínseco de la obra. En la práctica, se puede valorar la cultura legítima como un ideal porque otorga prestigio y reconocimiento social, al mismo tiempo que se consume cultura popular en la vida cotidiana, porque es accesible, entretenida y fácil de compartir.

No he trabajado el mundo de las telenovelas, por lo que prefiero no opinar.

Háblenos de las tres películas más vistas en el período de su estudio. ¿Podría comentar, en cada caso, que las hizo tan exitosas? ¿Qué dijeron entonces los críticos o comentaristas de cada una?

Las tres películas venezolanas más vistas en las salas de cine son, en orden cronológico, *Homicidio culposo*, de César Bolívar (1984, 1,34 millones de espectadores); *Macu, la mujer del policía*, de Solveig Hoogesteijn (1987, 1,18 millones de espectadores) y *Papita, maní, tostón*, de Luis Carlos Hueck (2013, 1,98 millones de espectadores).

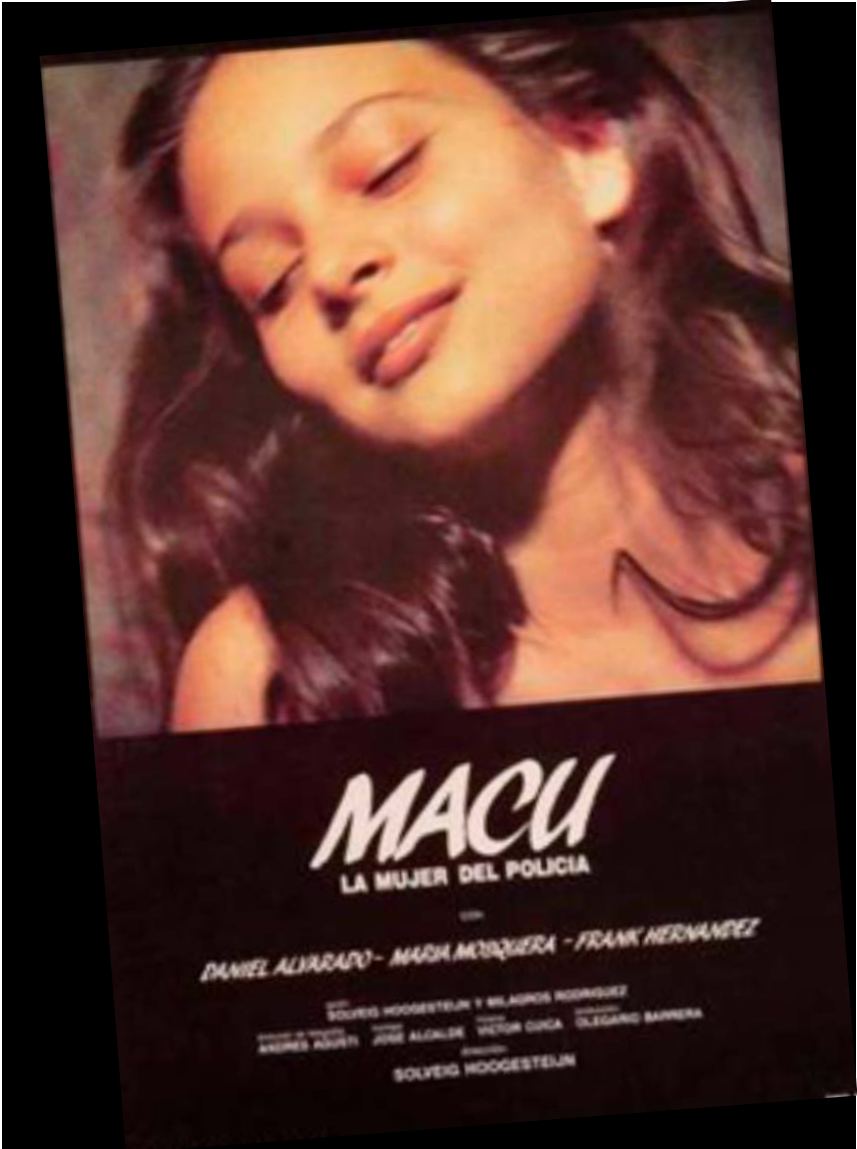
Este éxito obedece parcialmente a un morbo voyerista de los espectadores, a su deseo de entrar en contacto con un drama mortal que sacudió a la opinión pública. En el filme actuaron personas involucradas en la tragedia, y esta particularidad quizás aumentó su atractivo. Julie Restifo interpreta a la mejor amiga de quien hace el disparo. Javier Vidal, autor y director de *Eclipse en la casa grande*, profesor en la vida real de Restifo y Ettedgui, y pareja de la actriz, interpreta a la víctima. También actuaron en el filme Roberto Bressanutti, responsable de la utilería y Aleska Díaz Granados, la persona que se percató de la tragedia que ocurría en la obra teatral. A esta explicación se suma que el elenco incluía a actores favoritos del público como Jean Carlos Simancas y Elba Escobar.

Pedro José Martínez escribió “Al mismo tiempo queda de manifiesto la ceguera de los organismos oficiales, la corrupción reinante en el país, y los horrores de la reclusión en las cárceles de mujeres, entre otras llagas de la sociedad venezolana. Todo ello con una que otra deficiencia técnica, pero también con gran agilidad narrativa más en la línea de la denuncia sociopolítica que en la del thriller”.

El crítico Alfonso Molina, en su recorrido por su memoria personal del cine venezolano, considera este filme como el mejor de César Bolívar: “un policial con marcado acento venezolano que además de expresar las angustias de un oficial de policía, supo exponer las contradicciones del conjunto social que lo alberga”. El escritor y guionista Armando Coll expresó años después: “Un sentimiento de recóndita culpa compartida por un grupo de artistas es sustancia del guion de Cabrujas” y afirma que “la película de Bolívar aparecía como una suerte de catarsis y expiación para quienes en la vida real, indeseadamente, estuvieron involucrados en tan malhadado episodio”.

Macu, la mujer del policía, de Solveig Hoogesteijn, se inspira en un hecho real, el triple crimen de Mamera. En este barrio caraqueño, el agente policial Argenis Rafael Ledezma, en enero de 1980, asesinó a tres adolescentes, uno de los cuales era el amante de su esposa, una joven de 17 años. El funcionario la había conocido cuando ella tenía 11 años, y él 26. La niña era la hija de su novia. Se casaron dos años después. El triple homicidio sacudió a la opinión pública. Ledezma fue condenado.

Estamos de nuevo frente a la afición del público por ver en la sala oscura los crímenes y la violencia de la vida real. El filme llegó a las pantallas con una efectiva promoción natural: los asesinatos del monstruo de Mamera,



conocido por todo el país, seguían vivos en el interés general, siete años después de los hechos. La censura y el encarcelamiento del cual fue objeto el cineasta Luis Correa a causa de su documental, añadieron sin duda su grano de arena en el interés hacia el filme. La estrategia comunicacional fue provocadora y funcionó. La cuña televisiva, difundida ampliamente, sugería una justificación del crimen cometido: “Su mujer lo engañó... él tenía que actuar”, criterio compartido por amplios sectores de la población. Un aspecto común en los filmes de la época es el uso del elemento erótico como gancho comercial y la directora no desperdicia ese recurso, valorizando la belleza de la joven actriz. El filme se enriquece con la banda sonora de Víctor Cuica, cultor del jazz y del saxofón.

Pedro José Martínez expresó en “*Macu* es una canción, un puñetazo en la boca del estómago y un tratado de sociología. La película disecciona, aclara, explica, clasifica y demuestra”. En la misma publicación Ambretta Marrosu comenta: “El recorrido de Macu cubre una distancia aparentemente muy corta, pero es tan complejo, difícil y trabajoso porque constituye el paso de un estado a otro: de la inconsciencia a la conciencia de sí. De ahí que su personaje sea la historia misma, y la historia de Ismael y su delito no sean sino el medio trágico, aterrador de este traslado”. El crítico Pablo Gamba escribió

“**El favoritismo de los venezolanos cambia en el tiempo**”

años después, *Macu, la mujer del policía*, “podría ser considerada la película culminante del *boom* como logro artístico, por la combinación del tratamiento social de la temática del crimen con la perspectiva femenina y la ambición de confrontar al público nacional con una compleja narración introspectiva”.

Papita, maní, tostón, es una suerte de *Romeo y Julieta* con final feliz. Cuenta la historia de dos jóvenes apasionados del béisbol. Julissa es una magallanera rica, Andrés es un caraquista pobre. El argumento da origen a una comedia de enredos y romance. El fanatismo de cada familia es a muerte, pero aceptarán el romance tras un grave accidente automovilístico en el cual los enamo-

rados estuvieron a punto de morir. El béisbol es un espacio de reunión para el país en su totalidad. *Papita, maní, tostón* es la primera ficción en torno a este deporte, lo que resulta sorprendente si se considera hasta qué punto es popular en Venezuela y representativo de lo venezolano.

En el filme se combinan momentos de fresco humor con clichés y lugares comunes. De alguna manera puede considerarse una representación ajustada de los caraqueños o de los venezolanos y ese retrato caló en un gran número de espectadores, básicamente juveniles. Venezuela está agotada por la polarización política, la criminalidad, la inflación de tres dígitos. Las situaciones alrededor de Julissa, Andrés y sus familias, representan un oasis de escape, de reencontro, como en efecto ocurre en el estadio de beisbol. Los dos protagonistas que animan el filme con su encanto juvenil, acompañados del actor, ya mítico, Miguel Ángel Landa.

No sorprende que la crítica haya tratado con dureza esta comedia. Pablo Abraham, por ejemplo, encuentra preocupante “el conformismo que exuda la ópera prima de Hueck, manifestada en ese deseo de seguir siendo chéveres y felices, y de que en ‘este campo cabemos todos’, una cándida alusión a la dramática realidad producto de la actual división padecida por todos los venezolanos, es lo que explicaría su éxito y su encanto para la gran mayoría”. Alfonso Molina, al igual que Abraham señala la propuesta a ratos televisiva del filme, lo escatológico, el cliché, pero concluye agradeciendo al director el recordatorio de que aquí cabemos todos. Gamba es lapidario definiendo el filme como una comedia televisiva de bajo nivel. En todo caso, como un juego Caracas Magallanes, el filme se vendió a casa llena.

¿Qué receptividad han tenido películas de otros géneros producidos en Venezuela? ¿Han creado su propio público?

El favoritismo de los venezolanos cambia en el tiempo. Y quizás es el momento de precisar una limitación de mi trabajo. Yo hablo como si fuera uno solo el público venezolano y ello es falso. Jean-Pierre Esquenazi (2009) inicia su libro *Sociologie des publics* señalando que “solo hay públicos de algo”. Esto implica que el público es un concepto inestable, resultado de la naturaleza del producto cultural recibido. Para ejemplificar, el público de *Azul y no tan rosa*, drama LGBT de Miguel Ferrari, no es el mismo de las comedias de Benjamín Rausseo.

La comedia, género, favorito de los cineastas en el primer y tercer período, lidera durante los últimos años estudiados, en cuanto a la preferencia del público, deseo de refugiarse en el humor. Así, la comedia pasó de convocar el 13 % de los espectadores entre 1976 y 1988, a motivar al 35 % entre 2005 y 2015, con *Papita, maní, tostón*, como claro ejemplo.

En los años 80, los dramas pasionales de alto contenido erótico fueron exitosamente explotados por Mauricio Walerstein y Roman Chalbaud. Una gran cantidad de espectadores se concentró en estas películas, donde descubrían a sus actores y actrices favoritos en eventuales desnudos y situaciones eróticas que la televisión del país estaba muy lejos de ofrecer. En esta misma década también triunfaron los filmes policiales. Por otra parte, cineastas y productores no han explotado los filmes juveniles y familiares, a pesar del éxito de las escasas realizaciones de estos géneros.

Para finalizar, señal de los nuevos tiempos, durante el “Renacer”, el género cinematográfico con mayor promedio de espectadores es el de los filmes LGBT. Y ello me lleva a un comentario sobre el porqué haber usado la relación público-géneros del cine como fundamento de mi investigación, que de alguna manera intenta una mirada a la historia del país. Para ello cito al académico español Antonio Weinrichter: “La política del género permite vincular el género como ciclo que se desarrolla con la historia real de la historia (...). El género es un consenso social, depende y refleja muchas de las expectativas de la audiencia en un momento concreto. El género evoluciona con el país”. ●

PENSAMIENTO >> POLÍTICA, TECNOLOGÍA Y DEMOCRACIA

Entrevista con Daniel Innerarity: “Una teoría crítica de la inteligencia artificial”

“Innerarity es catedrático de filosofía política, investigador Ikerbasque en la Universidad del País Vasco, director del Instituto de Gobernanza Democrática y titular de la Cátedra de Inteligencia Artificial y Democracia en el Instituto Universitario Europeo de Florencia. Entre sus recientes obras destacan títulos como *La sociedad del desconocimiento* (2022), *La libertad democrática* (2023), *Pandemocracia* (2020) y *Política para perplejos* (2018). Su trayectoria académica se caracteriza por una articulación rigurosa entre pensamiento político, filosofía de la tecnología y compromiso democrático”

GUSTAVO HERNÁNDEZ DÍAZ

El profesor Daniel Innerarity accedió amablemente a concedernos esta entrevista, en el marco de las actividades de extensión social organizadas por el Observatorio Nacional de Comunicación y Cultura del Instituto de Investigaciones de la Comunicación y de la Información (IDICI) de la UCAB.

Innerarity es catedrático de filosofía política, investigador Ikerbasque en la Universidad del País Vasco, director del Instituto de Gobernanza Democrática y titular de la Cátedra de Inteligencia Artificial y Democracia en el Instituto Universitario Europeo de Florencia. Entre sus recientes obras destacan títulos como *La sociedad del desconocimiento* (2022), *La libertad democrática* (2023), *Pandemocracia* (2020) y *Política para perplejos* (2018). Su trayectoria académica se caracteriza por una articulación rigurosa entre pensamiento político, filosofía de la tecnología y compromiso democrático.

La entrevista abordó los principales planteamientos de su libro *Una teoría crítica de la inteligencia artificial* (Galaxia Gutenberg, 2025), galardonado con el III Premio de Ensayo Eugenio Trias. En esta obra, se examina cómo la “razón algorítmica” está transformando las estructuras de poder y los procesos de decisión social, y subraya la necesidad de una reflexión crítica que permita proteger la democracia y la dignidad humana frente a los riesgos de automatización.

Innerarity opina que la inteligencia humana se define por su conocimiento implícito y sentido común, a diferencia de los sistemas algorítmicos que operan únicamente con conocimiento explícito y formalizado. Para prevenir desequilibrios sociales generados por el avance de la inteligencia artificial, propone una cooperación entre expertos en tecnología y humanistas, llamados *techies* y *fuzzies*. Por esta razón, subraya que las ciencias sociales y humanas, especialmente la filosofía, son esenciales para guiar y entender este proceso.

Me resulta sugerente pensar que la teoría crítica de la inteligencia artificial no se limita a cuestiones éticas, sino que apunta a una exploración más profunda de los supuestos filosóficos que configuran los sistemas tecnológicos. Encuentro pertinente la premisa de Philip Agre –recuperada por usted– de que “la tecnología es filosofía encubierta, la cuestión es hacerla abiertamente filosófica”, lo que nos invita a pensar el diseño de la IA como una práctica cultural y política. Me interesaría conocer su opinión al respecto.



DANIEL INNERARITY / ARCHIVO

A escribir este libro me impulsó una insatisfacción con la manera cómo se aborda la relación entre las tecnologías y su dimensión normativa: como si las tecnologías fueran neutras, asociadas y apolíticas, y posteriormente, en función del uso que se haga de ellas adquieren dimensión moral y relevancia social y política. Parto de la idea contraria: las tecnologías, también las del ámbito digital, están incorporadas en entornos socioculturales, forman parte de lo humano hasta unas dimensiones que nos es difícil distinguir de nuestra naturaleza. Mi primer propósito era iluminar esa constelación, hacerla consciente. Crítica no en el sentido de refutación sino de esclarecimiento.

Usted sostiene que simplemente aplicar los marcos legales tradicionales a los sistemas digitales resulta insuficiente sin entender la esencia ontológica del mundo digital donde estos operan. ¿Qué razones justifican para usted la necesidad urgente de una *filosofía política de la inteligencia artificial*, aproximación que, según su punto de vista, no puede ser cubierta ni por la reflexión tecnológica ni por los códigos éticos?

Me parecía banal un cierto discurso que está lleno de expresiones exhortativas (humanizar la tecnología, una inteligencia artificial para el bien, no dejar a nadie atrás) y no porque no comparta lo que con ellas se pretende, sino porque no explican qué significa exactamente, no nos aclaran acerca de cómo se concreta todo eso, como se implementa.

Según Norbert Wiener, “el mundo del futuro será una lucha cada vez más exigente contra las limitaciones de nuestra inteligencia, no una confortable hamaca en la que podamos tumbarnos para que nos atiendan nuestros robots esclavos”. ¿Por qué la cuestión principal no es definir los límites de la inteligencia artificial, sino entender qué es la inteligencia humana?

En cuanto reflexionamos sobre la inteligencia humana y la comparamos con lo que hoy por hoy da de sí la inteligencia artificial nos resulta evidente que el discurso de remplazamiento, adelantamiento o la idea de que competimos por lo mismo es insostenible. Es lo que he procurado hacer en la primera parte del libro. Lo decisivo es configurar un ecosistema humanos-máquinas en el que pongamos a colaborar ambas y compensemos sus errores que, por cierto, también son muy diferentes.

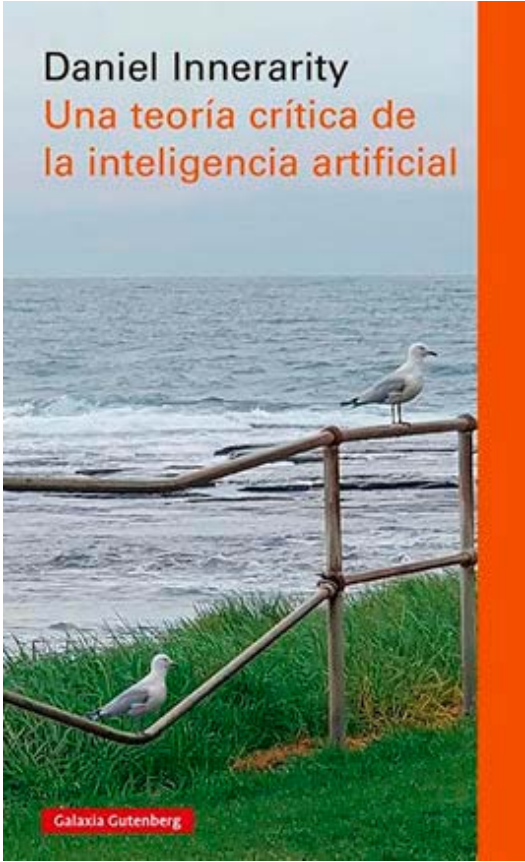
¿Qué significa entender que la privacidad como un bien público es el único modo de corregir esa discrepancia tan inquietante entre lo que estimamos como ciudadanos y lo que estamos dispuestos a entregar en cuanto consumidores?

La privacidad es un bien público porque el grado de publicidad que cada uno de nosotros está dispuesto a conceder condiciona el de los demás. Lo personal no solo nos concierne a cada uno; la privacidad digital se parece mucho a otros asun-

tos colectivos como la cuestión ecológica o los bienes comunes. Al igual que en los desastres ecológicos, los daños a la privacidad de alguien no solamente ocurren a nivel individual sino en el plano colectivo. Los datos relativos a la privacidad son de todos porque en un mundo donde hay tantas interdependencias y vulnerabilidades compartidas el desvelamiento de unos datos afecta a la privacidad de todos. Quien vende sus datos de alguna manera está vendiendo los de todos. La relación de uno con los datos que genera no puede pensarse con la lógica clásica de la propiedad sino más bien desde la perspectiva de los bienes comunes que requieren una correspondiente regulación pública.

Me interesa conocer su opinión sobre la interrogante que usted formula respecto al vínculo entre la gobernanza algorítmica y los horizontes democráticos, especialmente en lo que refiere a una posible repolitización de la cultura democrática. ¿Debemos entender el mundo digital como un vector de democratización, como un negocio o como una cuestión de poder?

Venimos de unos años en los que internet era considerado un fenómeno natural y, en vez de preguntarnos qué hacer con él, hacíamos cábalas acerca de si sus inevitables efectos iban a ser positivos o negativos. Muchos de los actuales diagnósticos acerca de la inteligencia artificial rozan el fatalismo y neutralizan el esfuerzo de pensar más bien en qué condiciones se puede producir una colaboración entre tecnología y política que fortalezca la democracia y refuerce sus valores centrales, al tiempo que inscriba estas tecnologías en un contexto humano y social sin el cual estaría muy reducido su significado. In-



ternet, los algoritmos y la digitalización en general son manifestaciones de una tecnología digital generada por decisiones humanas y, por lo tanto, no deben entenderse de forma determinista. En lugar de un canal de transmisión neutral, estos medios crean espacios para diferentes opciones de acción en el sistema democrático.

Profesor Innerarity, para concluir esta entrevista que apenas ha rozado la riqueza de los planteamientos que usted desarrolla en su obra *Una teoría crítica de la inteligencia artificial*, nos gustaría que profundizara en su propuesta de superar la llamada “histeria digital” y avanzar hacia un enfoque de “condicionamiento digital”: ¿cómo debemos interpretar su afirmación de que la transformación digital no debe concebirse como un fenómeno externo y abrupto –“como un meteorito que irrumpe desde fuera”– sino como una evolución interna de nuestras propias tecnologías y prácticas sociales, aunque con elementos claramente disruptivos?

En los análisis dominantes hay una perspectiva unidireccional que habla del influjo de lo digital sobre la democracia, en vez de pensar que democracia y digitalización son dos procesos que coevolucionan. La discusión acerca de la relación entre digitalización y democracia gira en torno a la cuestión de si la digitalización fortalece o debilita a la democracia. La digitalización aparece como una fuerza arrolladora y la sociedad como un receptor más bien pasivo del progreso tecnológico. En esta imagen hay un doble reduccionismo. Por un lado, parece aceptarse que la democracia es una construcción estática. Por otro, la digitalización sería una fuerza que se desarrolla linealmente y de acuerdo solo con su propia lógica. Pero la democracia es por su propia naturaleza una construcción abierta y la digitalización una tecnología en evolución y contingente. Aunque la dirección que adopte responderá a sus posibilidades tecnológicas, dicha evolución tendrá lugar en un entorno social y político. Hago esta advertencia porque una visión ampliamente compartida, tanto en la literatura académica como en los documentos institucionales, parece entender que la democracia debe ser protegida de una especie de “invasión extranjera”, una perspectiva que no permite identificar adecuadamente las amenazas y oportunidades que ella misma representa para la democracia. La opinión pública está preocupada por las injerencias externas sobre los procesos electorales, pero deberíamos pensar más bien en el condicionamiento propio que tales dispositivos tecnológicos ejercen sobre nuestras decisiones colectivas y nuestra forma de conversación democrática. Por supuesto que es importante proteger la libertad de los procesos políticos y asegurar que los *bots* no distorsionen la información y la opinión pública, pero parece más importante preguntarnos acerca de las distorsiones que proceden de la tecnología misma, por su propia naturaleza, o cuando no están diseñadas o reguladas adecuadamente. ☹

CRÓNICA >> EVARISTO MARÍN: VIDA DEDICADA AL PERIODISMO

A los 90 es mucho lo que se puede contar

“Considero algo muy fortuito y memorable, haber disfrutado de una larga y genial conversación con Jesús Soto. Al famoso creador del arte cinético lo entrevisté, una única vez en los años de su vejez”

EVARISTO MARIN

De no haber sido periodista, quizás habría sido excelente panadero. Cocino unos panes bien sabrosos. Amasar y hornear es algo que aprendí en mi vejez. Me apasionan el pan árabe y el pan campesino concha gruesa. El oficio de escribir anda conmigo desde antes de los 19 años.

Confieso que no concibo vivir sin escribir. Ahora, cuando llego a los 90, Amazon me acaba de publicar en EEUU mi libro *Huellas de vida en tinta y papel*. Es glorioso ver mi firma en una publicación del más grande sello editorial norteamericano. En ese libro compendio algunas de las grandes peripecias que logré vivir con la noticia, en mi época de reportero del prestigioso diario **El Nacional** de Caracas y otros grandes periódicos venezolanos, en más de medio siglo de andanzas periodísticas.

En estos años, cuando por primera vez vivo lejos de Venezuela, unas veces en Houston y otras en Miami, he logrado saber lo que es un amanecer con nieve y temperaturas de hasta 16 grados bajo cero (eso me ha tocado vivir, lejos del trópico, en Houston, Texas) y me da risa solo pensar que en en la Navidad de ahora falta conseguirme con Santa Claus y su famoso jojojójó. Si lo veo, lo entrevisto.

Con inevitable nostalgia, siempre estoy pensando en los azules del mar y el vector de muchas montañas. Me emociona hablar de muchos años de playa y de inolvidables y frescos amaneceres por entre altos senderos de palmeras y de tupidos y frondosos árboles, en esos angostos y pedregosos caminos de mi infancia. Se me hace muy inolvidable verme acompañando a mi madre, Chon Marín, con su burra siempre cargada con mercancía hacia y desde el Parao, La Valla y la Aguada de Pedro González, La Estancia, La Rinconada de Paraguachí, Manzanillo, Aricagua.

Con mi madre y mi hermano Gilberto, de apenas tres años, el éxodo hacia los campos petroleros nos aventuró por primera vez fuera de Margarita, en 1946. Yo tenía once años, cuando en agosto de aquel año nos embarcamos en la balandra Julia María, de Alejandro y Ernesto Mara y navegamos a vela, con buen viento hacia Guanta, por toda una tarde y hasta la madrugada, desde la Playa de Pedro González. Cuando al final de una tranquila navegación, la Julia María ancló en Guanta antes del amanecer, las luces de la aduana se reflejaban sobre el mar tranquilo del puerto. Mi madre Chon ayudó al cocinero de la embarcación para colar el primer café. Ella, Gilberto y yo, dormimos sobre la cubierta del barco, en una estera de palma, bien abrigados con gruesas cobijas.

La solidaridad margariteña fue muy grandiosa y feliz para nosotros, en mis primeros años petroleros. Chon Marín, logró que yo pudiera estudiar en las escuelas de Creole y de Socony, sin tener familiares trabajadores. Ese era un requisito. En Las Delicias de Jusepín, a los once años era yo alumno de segundo grado en la escuela José María Vargas de Creole. Alberto Rodríguez, padrino de mí hermano Gilberto, me presentó como su sobrino. Cuando nos



EVARISTO MARÍN / ©ROMMEL MARÍN

fuimos para Anaco, otro trabajador petrolero, Pedro Rodríguez, conocido como Perunga y también nativo del Valle de Pedro González, alegó similar parentesco familiar, para inscribirme en el tercer grado en la escuela Socony Vacuum Nro 1. Formé parte del primer alumnado, en 1947.

En Jusepín, donde estudié el segundo grado, antes de llegar a clases a las 7 en punto de la mañana, ya había ayudado a Chon vendiendo sus empanadas de cazón en la parada de los obreros petroleros. En la tarde, volvía yo a la parada con mi caja de muchacho limpiabotas. No me iba mal, en algunas tardes llegué a ganar hasta siete y ocho bolívares. En Anaco, no vendí empanadas ni limpié zapatos, pero igual tenía que madrugar ayudando a Chon a moler cuatro o cinco kilos de masa para las arepas, antes de bañarme y alistarme para ir a la escuela. Connotada cocinera, ella preparaba vianda para ocho trabajadores de la Socony.

Conocí lo que es trabajar desde aquellos años de mi infancia y creo que eso me ayudó mucho en la vida.

Cuando comencé mis primeros ajustes en el periodismo no el recién fundado semanario *Antorcha* (en El Tigre petrolero del Estado Anzoátegui) me desplazaba ágilmente hacia el hospital y la policía, en mi vieja bicicleta Raleigh. Esa bicicleta fue mi primer vehículo de trabajo. La suerte estaba de mi lado. Conté con la sabia y siempre muy acertada dirección del fundador de *Antorcha*, Edmundo Barrios, tipógrafo y periodista de Ciudad Bolívar y me fueron de mucha ayuda los didácticos consejos de Juan Meza Vergara, linotipista de origen ecuatoriano con larga experiencia en *La Estrella de Panamá*, el más antiguo y famoso periódico de toda Centroamérica. Meza Vergara fue mi primer maestro en el periodismo. Con el ruidoso teclado de su linotipo, Meza era supremamente diestro para levantar grandes galeadas de texto en plomo. Su grandiosa habilidad para redactar títulos era tan admirable como su experiencia para abreviar textos. En los años que Meza Vergara, se alternó entre su taller y la redacción, *Antorcha* fue un periódico que circulaba por todo el oriente y sur de Venezuela, sin errores ortográficos. Eso era algo que se cuidaba mucho en la prensa venezolana.

Es mucho lo que se puede contar cuando se llega a la edad que ahora

tengo. Yo puedo decir que he visto muy de cerca la sonrisa de la *Mona Lisa*. Claro que sí, la vi en el Louvre de París. He aplaudido a coristas bailando casi desnudas sobre la barra de un bar en Nueva York. Madrugador como siempre he sido, no puedo olvidar el gran placer que da amanecer entre el oleaje del mar. Eso lo viví muchas veces de muchacho en la Playa de Pedro González, en mi isla de Margarita, Venezuela.

Perdí la cuenta de las celebridades a quienes tuve la oportunidad de tratar y de entrevistar. Dimitrios Demu, el escultor que esculpió en una plaza de Budapest, la más grande estatua erigida al dictador soviético José Stalin y luego en medio de muchas amenazas y de fuerte represión contra quienes adversaban la ideología comunista, logró escapar hacia Francia, desde Rumanía, forma parte de mi gran legión de amigos. Siempre contaba que ganó el concurso para la estatua a Stalin, compitiendo con más de 30 escultores. De eso y de su espectacular fuga de la órbita soviética, antes del derribamiento del Muro de Berlín, escribió *La sonrisa de Stalin*, un libro editado en francés en París. Hasta su súbita muerte, en 1997, Demu era muy frecuente en mi casa en Lechería. Benilde y mis muchachos lo trataban como un familiar. Era de una sencillez increíble. En Venezuela, llegó a la posteridad *Los pájaros* y otros grandes monumentos que cambiaron el paisaje urbano de Barcelona y Puerto La Cruz. Sus maquetas, fotografía, réplicas y algunas de sus obras en acero inolvidable, se exhiben en el Museo Demu de Lechería, edificación con espectacular parecido a una nave metálica espacial, diseñada por el genio de la arquitectura Fruto Vivas y financiada por su hermano empresario Nicolás Demu, inmigrante rumano que prosperó con muchos negocios en Venezuela.

Considero algo muy fortuito y memorable, haber disfrutado de una larga y genial conversación con Jesús Soto. Al famoso creador del arte cinético lo entrevisté, una única vez en los años de su vejez. En una tertulia con el poeta Gustavo Pereira y el pintor y escultor Gilberto Bejarano –al rescoldo de la Bienal de Artes Plásticas de Puerto La Cruz bautizada con su nombre– Soto recordó con emocionada y nostálgica expresión, su época de muchacho pobre, pintor de carteles para el cine América en el paseo Orinoco de su

Ciudad Bolívar. Esos recuerdos y los de sus económicamente muy apremiantes, pero muy felices primeros años de perfeccionamiento en artes plásticas en Francia, cuando se ganaba la vida con su guitarra y sus canciones en algunos cafés de París, lo terminaban envolviendo en alguna inevitable nostalgia, pero enfatizaba que para él fueron experiencias muy invalorable. En su época de Ciudad Bolívar, por lo escaso y caro de la pintura, Soto se las ingeniaaba para mezclar el intenso azul del añil con otros colores. Eso le permitía hacer más llamativas las letras de aquellos carteles de cine pintados en rústico papel de estraza, con los títulos de las películas y nombre de los artistas de Hollywood, en los años de la Segunda Guerra Mundial. No olvidó nunca que en París vivió noches de muchos aplausos en Montmartre, cantando a dúo con Aimeé Betancourt, pintora y escultora guayanesa a quien admiraba mucho por su linda voz. “Las canciones eran más románticas cuando las cantaba Aimeé”. En su vejez, Soto acarició la idea de volver a vivir en Venezuela. Eso no pudo ser. A muy avanzada edad y con muy quebrantada salud, la muerte, lo sorprendió en su residencia de muchos años en París. A la muy bellísima y tropical casa de playa, que se hizo construir en agreste cercanía de las salinas de Araya, solo pudo venir en dos o tres muy cortas vacaciones. Soto trazó su bella arquitectura en su taller en Francia. Descubrió demasiado tarde que ese azul paisaje de Araya era el más espectacular para su retiro.

Haber parrandeado con Marco Antonio Muñoz, el célebre bolerista, oyéndole sus canciones al son de su bella guitarra, forma parte de mis alegrías. Eso lo viví en la casa de un amigo, el periodista Ebert J. Lira. El Cojo Lira se llevó al gran cantante mexicano, desde el Meliá Puerto La Cruz, para darle una serenata a su mujer, Liseth Díaz, en su cumpleaños. El festín terminó con voces muy borrachas coreando con Muñoz y su guitarra, “pero sigo siendo el rey” cuando ya el sol repuntaba en el claro amanecer de Barcelona.

Soy un gran admirador de Agustín Lara y sus boleros. Me desvivo por oír a Javier Solís y a Pedro Infante. Más de una vez he tarareado los corridos de Jorge Negrete. Mi gran afición por el cine mexicano y sus estrellas anda conmigo desde muchacho, pero nunca

llegué a pensar que alguna vez iba a bailar rancheras con la gran rumbera y actriz Amalia Aguilar. Eso lo viví en el hotel El Lago, en mi época de corresponsal de **El Nacional** en Maracaibo, en 1960. Yo la había visto de protagonista en el melodrama musical *Jesuita en Chihuahua* en el cine al aire libre de los Carrasco en Las Parcelas de Anaco. En Maracaibo bailé con ella al ritmo alegre de unos mariachis. Poco faltó para que fuéramos novios.

En mi lancha “La Fiera” viví muchas divertidas faenas de pesca, con mis hijos Evaristo Manuel y Rommel. No se me olvida que al sur de la isla La Pica (muy cerca de la ensenada de Santa Fé, en la costa de Sucre) capturamos un día tres grandes ejemplares de pez trompeta. Ese es un nombre muy musical para un pez muy feo y bastante raro, de color rojo, pico muy parecido pero más largo que los de un alcatraz y cuerpo delgado y culebreante como los del talají, con un delicioso sabor a langosta. En La Castellana y la avenida Solano de Caracas, pagan a un alto precio la carne de langosta de ese pez tan excepcional. Benilde mi esposa, quien siempre fue una colosal cocinera, los gratinó en el horno al termidor, con abundante mantequilla y queso parmesano. Una exquisitez, rociada con chablis francés, el vino de mi gran amigo cirujano Pedro Aristimuño Palacios. Esa noche cenamos en mi casa como en el mejor restaurant de París.

En Lechería y por invitación de Aristimuño Palacios y de su esposa María Auxiliadora, compartimos muchas veces con el médico y tenor Jesús Sevillano, famoso por haber formado parte del recordado Quinteto musical Contrapunto. Sevillano tiene una gran predilección por la cocina española. El placer de tenerlo como chef, en algunos sábados y domingo, no se nos olvida. Tampoco que en alguna oportunidad coincidió con ellos en mi casa, Misael Salazar Léidenz, connotado periodista, jefe de los corresponsales de **El Nacional**, cuando estaba de moda como escritor con su libro *Geografía erótica de Venezuela*. Misael era de madre falconiana y de padre margariteño. Salazar Leidenz nació en Coro, pero vivió y convivió largamente desde muchacho con la familia de su padre Salazar, en Laguna de Raya, cerca de La Arestinga y de las Tetras de María Guevara, en las vecindades de Macanao. 🍷

PUBLICACIÓN >> CRÓNICAS DE EVARISTO MARÍN (1935)

El Nacional en los difíciles tiempos de Pérez Jiménez

Nueve crónicas reúne *Historias de vida en tinta y papel. Historias y gente del periodismo venezolano* (2025), del periodista Evaristo Marín (1935), Premio Nacional de Periodismo 1986. Marín, quien tiene una extensa trayectoria como autor de reportajes y crónicas, reside actualmente en Estados Unidos

EVARISTO MARÍN

Desde 1943, cuando entró en circulación como diario de la mañana, **El Nacional** siempre fue un periódico de notable influencia en todo el ámbito geográfico del estado Anzoátegui. Sus noticias y grandes reportajes de la región lograron llevarlo muy pronto al favoritismo de millares de lectores.

Su propietario fundador, Henrique Otero Vizcarrondo, casado con una de las hermanas Silva Rísquez, fue en Barcelona dueño del acueducto y de la primera planta eléctrica y **El Nacional** desde sus comienzos destacó a la región corresponsales y reporteros de alto perfil. La vida social y deportiva, cultural y económica de la región estuvo presente en sus páginas desde la primera edición.

Augusto Hernández y yo tuvimos en Barcelona antecesores de la talla de Alfredo Armas Alfonzo –autor de las primeras noticias, en su joven época de empleado del correo, en 1943–, Pedro Francisco Lizardo, Germán Carías Sisco, Omar Pérez, Julián Montes de Oca, Oscar Pulgar, Francisco Guerrero Pulido, Federico Pacheco Soublette, Juan Quijano, Dominguito Pérez, Héctor Sandoval, Arturo Bottaro, César Pagés, Oscar Lovera, Absalón J. Bracho, José Luis Mendoza y Alberto Jordán Hernández. Algunos de ellos ocuparon cargos de jerarquía en la Redacción. Omar Pérez, Guerrero Pulido, Germán Carías Sisco, Pacheco Soublette, José Luis Mendoza, fueron en distintas épocas, jefes de Información. En tiempo de corresponsal, en 1950, Germán Carías adquirió gran celebridad con su serie de reportajes *Yo también fui recluso de El Dorado*. Enflaquecido y muy barbudo, tras ser fichado como un delincuente común, por orden del Ministerio de Relaciones Exteriores y la autorización expresa de la dirección carcelaria de El Dorado, el joven reportero policial de **El Nacional** logró convivir por una semana como un preso más, entre vagos, maleantes y peligrosos hampones y criminales en el penal selvático de Guayana, para escribir esa serie de reportajes. El impacto de sus narraciones, agotaron por varios días las ediciones del periódico. Nunca antes ningún otro reportero había expuesto su vida de esa manera. Hasta que se puso al descubierto su presencia al ser reconocido por Luis Yrureta –un estafador apresado y enviado a El Dorado, desde Barcelona– Carías logró entrevistar a peligrosos delincuentes y conocer por propia experiencia la severidad de los castigos a que eran sometidos los prisioneros. Esa hazaña periodística por poco le cuesta la vida. Cuando un preso le dijo que Yrureta lo tenía identificado y tramaba una conspiración para asesinarlo, Carías se vio forzado a pedir la protección de las autoridades del penal y a dar por concluida su permanencia en El Dorado, antes de lo previsto, para ponerse a salvo.

Durante su desempeño como nuestro jefe en el Departamento de Provincia, Francisco Guerrero Pulido, a quien en la Redacción todos conocían como El “Gocho” Guerrero, siempre nos hablaba de las amenazas y frecuentes detenciones que sufrieron los periodistas de **El Nacional** durante los duros tiempos de censura de prensa y persecuciones políticas que caracterizaron a la tiranía militar de Marcos Pérez Jiménez. Guerrero Pulido, quien alcanzó mucha notoriedad como corresponsal en Maracaibo y Barcelona, se ufana de su habilidad para hacer amigos en la Seguridad Nacional de Pedro Estrada. Esa era una gran opción para tratar de atenuar la hostilidad del régimen contra **El Nacional** y sus periodistas. Aquellos fueron años bien difíciles para el ejercicio del periodismo. El “Gocho” Guerrero siempre recordaba que en 1951, cuando se desempeñaba como corresponsal en Barcelona y el país era gobernado por la Junta de Gobierno presidida por Germán Suárez Flamerich e integrada por los tenientes coroneles Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez, tras el asesinato del presidente de la Junta Militar, teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud, en 1950. Estaban convocadas las elecciones de 1952 para elegir diputados a una Asamblea Nacional Constituyente, con AD y el Partido Comunista clausurados y sus dirigentes perseguidos. URD y Copei y otras organizaciones, estaban legales, sin actividad proselitista y de propaganda partidista notable.



Cualquier eventual comunicado de prensa de las organizaciones políticas legales, debería pasar por la censura, si se pretendía publicar en la prensa. Para eludir esas restricciones, los partidos se valían de la impresión de hojas volantes para dirigirse a sus militancias.

En 1951, la noticia política prácticamente era inexistente, por lo que el corresponsal estaba obligado a poner especial empeño en el reportaje histórico, anecdótico, costumbrista –casi siempre con entrevistas a personajes regionales– y basaba su labor periodística, fundamentalmente, en la noticia policial. El suceso era la gran alternativa de trabajo. El “Gocho” relataba que entre los grandes sucesos regionales que le tocó cubrir para **El Nacional** está el brutal asesinato de un chofer dedicado al transporte de pasajeros desde El Tigre hacia regiones cercanas, “...un negro trinitario, alto, corpulento, contrató en Ciudad Bolívar los servicios de Pablito Hernández y luego de darle muerte, en la vieja carretera de Soledad a El Tigre, se vino con el carro y el cadáver dentro del maletero hasta Puerto La Cruz. Con la mayor sangre fría, el criminal se metió a ver una película en el cine Bolívar, cerca del paseo Colón y al salir vio a unos perros olfateando el baúl del vehículo. Entonces recordó que le faltaba enterrarlo. Eso fue lo que hizo esa misma noche en la solitaria playa de Los Boqueticos”.

Andino de San Cristóbal, ciudad en la cual hizo sus primeras incursiones periodísticas en los comienzos de **El Nacional**, antes de ser transferido a Maracaibo, cuando se desempeñó como corresponsal en Barcelona, Guerrero Pulido se las ingeniaba para procurar una forzosa cordialidad y acercamiento con Miguel Silvio Sanz, el tenebroso y temido jefe de la brigada política de la SN y con todos aquellos funcionarios claves del régimen. Eso, sin olvidar su condición y responsabilidad como periodista. “Miguel Silvio sabía que yo era adversario del régimen. Obviamente, yo tampoco podía desconocer, ni olvidar, que aquel brutal policía, con quien yo, algunas tardes, echaba mis partidas de dominó, era un bestial torturador”. Guerrero calificaba como un periodo bien negro para el periodismo y en especial para **El Nacional**, el que se vivió en la dictadura militar de Pérez Jiménez.

Cabe decir por lo demás que, en lo personal, el “Gocho” Guerrero tenía un gran don para hacer amistades. En cada lugar dejó muchos amigos –y también muchas novias– por lo que el anecdotario de sus andanzas como corresponsal en San Cristóbal, Maracaibo y Barcelona, fue algo que, a los jóvenes periodistas como yo, formados alrededor de sus enseñanzas, nos parecía colosalmente admirable.

Guerrero Pulido llegó a ser jefe de Información de **El Nacional** y de la sección de provincia, desde la cual **El Nacional**, a través de sus corresponsales, abrió una gran vinculación con todo el interior del país desde su fundación, en 1943. En un momento dado, el diario de los Otero llegó a tener una red de 37 corresponsales en toda la geografía nacional. Todo un récord en la historia del periodismo venezolano contemporáneo.



FRANCISCO “GOCHO” GUERRERO PULIDO / ARCHIVO

Guerrero siempre ponía mucho afán en recordar los muchos episodios ingratos que inevitablemente acompañaban en la dictadura perezjimenista al arriesgado oficio de corresponsal. Su violenta salida de Barcelona, por orden expresa del gobernador Julio Santiago Azpúrua, fue uno de aquellos momentos bien escabrosos que a Guerrero Pulido le tocó vivir en el interior del país.

“‘Gocho’, la policía tiene órdenes de detenerle. El gobernador te quiere sacar del estado. Por lo tanto, te vas de una vez y recuerda esta vaina, yo no te he visto”, le dijo el Gordo Sanz, entre el humo de algún tabaco que a lo mejor ni habano era. Así tan imprevisiblemente como fue su llegada, fue la salida de Guerrero de Barcelona, en aquel fatídico año 1951. Bastó, sencillamente, que se recogiera –en un breve despacho informativo de 20 líneas– que un comisionado del Ministerio de Relaciones Exteriores hacía en Anzoátegui una evaluación del gasto oficial. Según la información que disponía Guerrero, se había puesto al descubierto un déficit. En ninguna parte se decía, ni siquiera se insinuaba, la responsabilidad directa de Azpúrua, pero el gobernador montó en furia y ordenó que al corresponsal de **El Nacional** lo apresaran y lo llevaran a su presencia en el término de la distancia. A lo mejor quería insultarlo personalmente, antes de expulsarlo del estado. De ese mal momento, por raro que parezca, lo salvó la pronta y muy oportuna intervención del jefe de la brigada política de la SN, Miguel Silvio Sanz.

Con semejante proceder, está demás preguntarse cómo era el desempeño de la función de corresponsal de prensa, en una región que además de mucha represión política (no se olviden que Puerto La Cruz siempre fue una zona petrolera convulsa, con una dirigencia clandestina comunista y de AD, muy activa) se caracterizaba por precarios servicios telefónicos –hablar y entenderse por larga distancia, era toda una proeza– y muy limitado transporte aéreo, marítimo y terrestre. Cabe añadir, a todo esto, que al estado Anzoátegui siempre le nombraron gobernadores civiles, pero que, al decir del propio Guerrero Pulido, “se comportaban con mayor despotismo y prepotencia que el peor de los militares”.

Esa todavía era una época de infames vías de Barcelona hacia y desde Caracas. “Teníamos en oriente buenas carreteras petroleras, pero ir a Caracas por tierra era muy torturante”, enfatizaba Guerrero Pulido. En el oriente del país, la industria petrolera construyó, desde el final de la década de los 30, centenares de kilómetros. Eso facilitó enormemente las comunicaciones entre Monagas y Anzoátegui, pero, en 1951 todavía la única posibilidad de ir a Caracas, desde Barcelona y El Tigre, por vía terrestre, era la angosta y tortuosa carretera de Los Llanos, por Altagracia de Orituco y Zaraza, El Sombrero, Valle de La Pascua y San Juan de Los Morros. En muchos de esos tramos, hasta La Encrucijada de La Victoria en el estado Aragua, como eje principal de distribución del tránsito de pasajeros entre el oriente y el centro y occidente del país. La del Llano era de todas las vías del país la peor. Pérez Jiménez y su administración se ufanaban de sus grandes edificaciones públicas en Caracas y los estados centrales y andinos, pero en lo que respecta al oriente del país, con excepción de lo poco que lograron hacer los gobernadores Manuel José Arreaza en Barcelona y Heraclio Narváez Alfonzo en Nueva Esparta, era muy exiguo lo que se podía exhibir en cuanto a grandes obras públicas.

Cuando se produjo la caída del gobierno de Pérez Jiménez, la carretera de la Costa estaba aún inconclusa. Correspondió al gobierno del presidente Rómulo Betancourt concluirla, en 1960. Hasta ese año, el transporte de **El Nacional** y de los demás periódicos de Caracas hacia el oriente del país se hacía por vía aérea.

En 1951, cuando Guerrero Pulido, tras una experiencia de más de casi siete años en el Táchira y el Zulia fue enviado a Barcelona, Avenza y Aeropostal tenían solo dos vuelos diarios entre la capital de Anzoátegui y Maiquetía. Al avión DC3 de Avenza, lo llamaban popularmente “El Lechero”. Sus motores, a hélice, despertaban a los barceloneses antes de las seis de la mañana, en una larga ruta que se prolongaba hasta Porlamar, Carúpano, Maturín y solo dos veces por semana hasta Güiria, Barrancas del Orinoco y Tucupita.

(Continúa en la página 12)

CRÓNICA >> MEMORIAS DE UN DIPLOMÁTICO

"Todos ciudadanos haitianos dirigidos por un teniente retirado del ejército de Haití y quien desde ese momento y hasta la fecha en que se retiraron se convirtió en el único portavoz del grupo. Su demanda era simple. Querían salvoconducto para ser trasladados a Caracas en condición de asilados políticos"

OSCAR HERNÁNDEZ BERNALETTE

I. Es el año 1985 en la capital de República Dominicana. Tengo como responsabilidad en la Embajada, la Sección Política. El embajador era Abel Clavijo Ostos, diplomático de larga trayectoria y con quien había servido en Egipto años antes. Era martes, si mal no recuerdo. Un día más en la rutina de una Delegación. Días calurosos, el ventilador en el techo de mi despacho no era suficiente para mitigar el sofocón del mediodía. Me había correspondido como todas las mañanas revisar el télex y enviar algunos cifrados (textos confidenciales) a la Cancillería. La Embajada estaba ubicada una vieja casona en una avenida de bastante circulación en la capital, Santo Domingo. Desde mi oficina, rodeado de carpetas y papeles, el aroma de un café y el ruido repetido del teleprinter que soltaba una larga cinta con algunas instrucciones desde Caracas, escucho gritos, oigo repetidamente *Liberté* y veo pasar a las secretarías corriendo buscando refugio.

II. Salgo corriendo a la recepción principal de la Misión Diplomática y observo por la ventana decenas de gente saltando las paredes de la Embajada mientras un policía de seguridad con su fusil reglamentario estaba seriamente dispuesto a dispararle a los intrusos. Lo obligo bajándole el arma a no hacerlo y que deje que terminen de saltar la sede. Me observó con sorpresa, pero quieren tomar la casa, me decía. Mantenga la carabina abajo fue mi última instrucción.

III. En esos momentos el embajador se encontraba fuera de la capi-

El asilo que fue negado



ASALTO A LA EMBAJADA DE VENEZUELA EN REPÚBLICA DOMINICANA (1985) / DIARIO EL CARIBE

tal. Se trataba de una treintena de ciudadanos haitianos que ingresaron violentamente para pedir asilo. Se le informa de inmediato a todo el personal lo que ocurría y se le pidió a los solicitantes que tuvieran calma y respetaran la sede diplomática. Su primera demanda era que querían hablar con el embajador. Vía telefónica, nos instruye al consejero de la Embajada, para aquel entonces Vasco Atuve y a mi persona que les pidiéramos que se retiraran de la entrada y esperáramos a que regresara a final de la tarde. Los exaltados aceptaron educadamente, nos acompañaron a la parte posterior de la Misión. El embajador se incorpora, nos reúne al personal diplomático incluyendo al agregado militar, el coronel Andrés Level y se comunica de inmediato con la Casa Amarilla, sede de nuestra Cancillería en en donde ya un personal de la Dirección de Política Internacional, que dirigía el embajador Efraín Silva, monitoreaba y evaluaba la situación en la sede diplomática. El canciller para aquel entonces y quien ejercía la Cancillería por segunda vez

era Simón Alberto Consalvi. Las instrucciones desde Caracas eran las de que el embajador no se apersonara para hablar con los demandantes y que recayera el contacto en mi persona como responsable del área política y en ese momento el tercero en la línea de precedencia de nuestra Embajada. Inicié, así, un proceso de negociación con los solicitantes. Todos ciudadanos haitianos dirigidos por un teniente retirado del ejército de Haití y quien desde ese momento y hasta la fecha en que se retiraron se convirtió en el único portavoz del grupo. Su demanda era simple. Querían salvoconducto para ser trasladados a Caracas en condición de asilados políticos. Su justificación era que a pesar de ser huéspedes como extranjeros del Gobierno de RD se consideraban perseguidos por las autoridades de ese país. Para nadie era un secreto el maltrato a los haitianos, la mayoría desempleados o vendedores ambulantes. El presidente dominicano era Joaquín Balaguer.

IV. Su presencia duró 25 días mien-

tras esperaban se les otorgara asilo. Me correspondió ser el único funcionario de la Embajada que los trataba. Nos afectaba el trauma humano. Qué dura la vida del exilio. Confinados a un patio trasero sin mayores facilidades y sometidos todos a presiones que incluían actos de desesperación y amenazas de su parte. Una mañana los encontré que se habían raspado el pelo y andaban desnudos en protesta. Mi contacto con ellos tenía altibajos, entre simpatías por su demanda hasta sinsabores por su actitud violenta y amenazante a mi persona toda vez que las autoridades de Caracas no otorgaban el asilo, ni las de RD el salvoconducto respectivo. Recordaba a los haitianos en Caracas, gente buena y, además, más de uno sonó la campaña de helados EFE frente a mi casa.

V. Después de mucha negociación, evaluación con nuestra cancillería y la de Santo Domingo, el Gobierno de Venezuela por primera vez desde que se firmó la declaración de Caracas en 1954 sobre asilo diplomático se negaba otorgar el correspondiente dere-

cho. Me correspondió la dura tarea de comunicárselos y pedirles se retiraran pacíficamente de nuestra Misión. Su negativa a hacerlo nos obligó a que una madrugada desprevenidos los desalojáramos con la fuerza pública, desarmada, toda vez entrarían en nuestra sede y por supuesto respetando sus derechos y con la presencia de la prensa. Recuerdo su grito de lucha en francés, “*¡Liberté ou la mort!*”. La decisión del gobierno venezolano era correcta. No cumplían los demandantes los requisitos para considerar viable su solicitud. No eran perseguidos políticos en RD. El hecho fue dramático para quienes estuvimos involucrados. Meses después me encontré al militar líder del grupo. Temí por su reacción a mi persona. Por el contrario, fue muy amable y me agradeció la paciencia y el buen trato. Me confesó que habían usado el expediente del asilo para tratar de salir del país que ya los había acogido pero que lamentablemente los discriminaban y les hacía su estada en esa nación humillante. Los entendía perfectamente. ☹

El Nacional en los difíciles tiempos de Pérez Jiménez

(Viene de la página 11)

“Generalmente, uno escribía por las tardes. Luego, a la mañana siguiente complementaba el sobre con las noticias de última hora y se iba al aeropuerto, en busca de un pasajero amigo”, solía recordar Guerrero Pulido, con su proverbial acento andino. Ni siquiera se hablaba, por entonces, del servicio aeroexpreso de encomiendas. “Eso ocurrió mucho después”. La alternativa para los acontecimientos de última hora era el telégrafo. Transferir noticias por teléfono era muy angustioso. En esos casos, había que ir a Puerto La Cruz (allí funcionó en un comienzo la única caseta de larga distancia).

A partir de 1960, el servicio teléfono mejoró notablemente, pero el télex primero y las transmisiones por vía digital (internet) llegaron muy posteriormente, por lo que la presencia de los corresponsales de prensa, sobre en mano –en busca de algún viajero amigo– para enviar las noticias hasta la Redacción en Caracas o en todo caso, hasta las oficinas de Aeropostal o Avenza en Maiquetía, fue algo que se prolongó por más de cuatro décadas, a partir de la fundación de **El Nacional** en 1943.

Guerrero Pulido enfatizaba en despachos informativos y reportajes, en las frases cortas. Periodista con gran olfato para el suceso, era de esos que llevan al lector hasta el último párrafo, con un interés creciente sobre lo narrado. “Yo debo decir –me contaba– que las amenazas contra los periodistas, no provenían a veces únicamente del régimen de Pérez Jiménez y de sus funcionarios. Algunos hechos relacionados con el matuteo de licores y cigarrillos de Curazao, por el Lago de Maracaibo, le costaron al corresponsal Guillermo Tell Troconis, tres palizas de matones a sueldo. Los protagonistas de delitos, como siempre ha ocurrido, no aceptaban que se publicaran sus fechorías en las páginas de los periódicos.

Con Guerrero Pulido, **El Nacional** quiso evitar que se repitiera una agresión similar a la padecida por Tell Troconis (los dos compartían el desempeño de la corresponsalía en Maracaibo, única en todo el país con dos periodistas) y es por esa causa que lo movilizaban a Barcelona, en enero del año 1951, con Héctor Sandoval de reportero gráfico.

“Julián Montes de Oca se cansó de

estar en Barcelona y en la Navidad anterior se fue para Caracas. Con todo el disgusto que eso provocó en Alejandro Otero Silva, no volvió más. Él había sucedido a Germán Carías y apenas estuvo en Barcelona por unos tres meses. Me correspondió a mí reemplazarlo. Cuando pasé de Maracaibo a Barcelona, tenía en mi haber como corresponsal, por lo menos, veinte citaciones y detenciones a cargo de la Seguridad Nacional. Ser corresponsal de **El Nacional** no era en esa época, tarea fácil. Uno vivía con el terror a cuestras.

Por causa del incidente con Azpúrua en Barcelona, fui enviado nuevamente a Maracaibo, esta vez como jefe de la corresponsalía y luego se produjo mi traslado a Caracas, donde me desempeñé primero como reportero, y luego llegué a ser jefe de Información y jefe del Departamento de Provincia, cargos que siempre se reservó Miguel Otero Silva para los periodistas de su mayor confianza”.

Cuando ejerció como corresponsal, Puerto La Cruz vivía un gran momento de su auge petrolero. Se moderniza-

ba el sistema de oleoducto y despacho, en sus muelles. La refinería de Vengreñ –Venezuela Gulf Refining– tenía apenas un año en funcionamiento. “Tu veías al rompe la contradicción existente. La capital del Estado, metida como en una ostra y Puerto La Cruz con un estallido poblacional y comercial permanente. Ya los norteamericanos petroleros tenían sus campos de golf, y Lechería, con su residencia oficial y sus urbanizaciones, iba concentrando cerca de la costa a la gente con mayor poder adquisitivo”. La residencia del médico Domingo Guzmán Lander, a la orilla de la playa, en lo que ahora es playa Lido, destacaba por su amplitud y gran corredor con vista al mar. La corta vía de acceso, pavimentada con concreto, fue una obra contratada al empresario Juan Vicente Michelangelili, propietario del Transporte Traven de Puerto La Cruz.

El pronto esclarecimiento del asesinato del chofer Pablito Hernández, en la vía Soledad-El Tigre, fue uno de los grandes éxitos de investigación criminal que puede atribuirse a la Seguridad Nacional. Localizado el vehículo en Puerto La Cruz, un trabajo policial meticuloso llevó a la captura del tri-

nitario asesino, en cuestión de pocas horas. Cuando se hizo la reconstrucción del crimen, los únicos periodistas presentes eran el corresponsal de **El Nacional** y su fotógrafo, Héctor Sandoval. La narración del hecho, con fotografías y testimonios del criminal, mostrando entre el arenal de aquella playa cómo abrió un hueco con sus gruesas manos para enterrar el cadáver, ocupó toda la última página.

El asesino confesó haber simulado ganas de orinar y cuando Pablito Hernández se detuvo y se bajó del carro junto con él, lo atacó sorpresivamente y lo estranguló, en la orilla de la solitaria carretera, a unos 40 kms de Soledad. Luego de matar al chofer, a quien había contratado para que lo trasladara a El Tigre en un viaje sin más pasajeros, metió el cadáver en el maletero y aceleró hacia Puerto La Cruz. Solo hizo una parada para surtir combustible, en la estación de Boca de Tigre, a poca distancia de la alcabala de la Guardia Nacional, en el Km 52. Ya anochecía cuando entró a Puerto La Cruz y fue entonces cuando tuvo la ocurrencia de meterse al cine, en la calle Bolívar, luego de estacionar en sus inmediaciones el automóvil con el cadáver en el baúl del carro. ☹